



DISCURSO

& SOCIEDAD

Copyright ©2009

ISSN 1887-4606

Vol. 3(3) 2009, 397-436

www.dissoc.org

Artículo

**La Retórica Reaccionaria en Acción: Un
análisis de las fórmulas de persuasión
desplegadas por los críticos del
multiculturalismo**

*Reactionary Rhetoric in Action: An analysis of
persuasion formulations deployed by critics of
multiculturalism*

Rocío Faúndez García
Universitat Pompeu Fabra

Resumen

El artículo tiene por objetivo identificar, desde una mirada teórico-política, cuáles son las principales fórmulas retóricas empleadas por los críticos a las políticas multiculturales centradas en los inmigrantes. Para ello se revisan algunos textos críticos destacados, aplicando el marco de análisis desarrollado por Hirschman (1991), quien identifica tres grandes tesis que articulan en forma casi exhaustiva el discurso de los sectores reaccionarios, en su dimensión persuasiva: la tesis de la perversidad, la tesis de la futilidad y la tesis del riesgo. El análisis muestra que las dos tesis más socorridas por los críticos contemporáneos del multiculturalismo son la tesis de la perversidad (según la cual las políticas multiculturales impactan de forma negativa, precisamente las situaciones que pretendían mejorar: perjudican a los inmigrantes, y producen conflicto intercultural); y la tesis del riesgo (según la cual estas políticas amenazan mortalmente algunos logros fundamentales de las sociedades democráticas: el estado de derecho, la ciudadanía, el Estado de Bienestar, y, en último término, la misma Modernidad y la civilización occidental). Ambas son empleadas, además, de forma conjunta, potenciando así su potencial persuasivo. Desde el punto de vista de su retórica, por tanto, los autores críticos del multiculturalismo se asemejan a representantes del pensamiento reaccionario que, a lo largo de los últimos tres siglos, han procurado resistir en su momento reformas como la introducción del sufragio universal o de sistemas de protección social.

Palabras Clave: *hermenéutica, Albert O. Hirschman, retórica reaccionaria, críticas al multiculturalismo, inmigración.*

Abstract

The article aims at identifying, from a political theory perspective, which are the main rhetorical techniques displayed by the critics of multicultural policies for immigrant population. Some of the most prominent critical texts are examined, using as a framework for analysis the categories developed by Hirschman (1991), who identified three great thesis that encompass, almost exhaustively, the discourse of reactionary sectors in its persuasive dimension: the perversity thesis, the futility thesis and the jeopardy thesis. The analysis shows that the thesis most commonly used by contemporary critics of multiculturalism are the perversity thesis (according to which multicultural policies have a damaging impact on the very situations they intended to solve: they work against immigrants, and produce intercultural conflict), and the jeopardy thesis (according to which these policies pose a mortal threat on some fundamental achievements of democratic societies: the state of law, citizenship, the Welfare State, and, ultimately, Modernity and Western Civilization themselves). Additionally, they are both used together, therefore enhancing their persuasive potential. From the point of view of rhetoric, then, the critics of multiculturalism behave similarly to exponents of reactionary thought who, over the last three centuries, have tried to resist, in their own day, reforms such as the introduction of the universal suffrage or of social protection systems.

Keywords: *hermeneutics, Albert O. Hirschman, reactionary rhetoric, multiculturalism critique, immigration.*

Introducción

En los inicios del Siglo XXI, la dimensión cultural del pluralismo y las demandas de justicia asociadas a ella han pasado a ocupar un lugar central en la política de las democracias liberales. A raíz de procesos como los crecientes flujos de migración internacional, el resurgimiento de las movilizaciones étnicas y la persistencia de las identidades nacionales sub-estatales, la diversidad cultural de las sociedades occidentales ha adquirido un protagonismo nunca visto desde el período de conformación de los Estados nación. En este contexto, los modelos clásicos de auto-comprensión política han quedado crecientemente en evidencia por su inadecuación para comprender, nombrar y enfrentar los nuevos desafíos, tanto desde un punto de vista institucional como desde un punto de vista normativo.

Algunos países comenzaron ya en los '70s a implementar políticas de gestión de la diversidad. Su común denominador ha estado en ir más allá de la protección de los derechos civiles y políticos básicos garantizados a todos los individuos en un Estado liberal-democrático, extendiendo algún nivel de reconocimiento público y apoyo a las minorías etnoculturales (Banting y Kymlicka, 2006). Las principales "categorías de la diferencia" contempladas, siguiendo la distinción hecha por Kymlicka (1995) son: inmigrantes, minorías nacionales y pueblos indígenas. Adicionalmente, en los '90s emerge una teoría política del multiculturalismo, liderada en sus inicios por académicos canadienses y de los Estados Unidos. En una línea que en términos teóricos se entronca con la crítica comunitarista al liberalismo, y en coincidencia con algunos postulados de nacionalistas liberales como Miller (1995) y Tamir (2001), autores como Taylor (1994), Kymlicka (1995), Baubock (1994), Young (1995), Parekh (2000) y Modood (1997) han cuestionado la receta liberal para el manejo del pluralismo cultural, a través de la ciudadanía universal, el trato equitativo y la privatización de la diversidad cultural.

No es sino hasta los primeros años del S.XXI que comienzan a levantarse una serie de voces para cuestionar, desde distintos lugares teóricos y en distintos niveles de análisis, la agenda multicultural.¹ Situados generalmente desde una posición liberal en términos de teoría política, han salido del silencio que habían mantenido durante los primeros años del debate² para emprender la denuncia de los males que, advertida o inadvertidamente, están siendo promovidos o, cuando menos, permitidos por el impacto del multiculturalismo. La llamada "crisis del multiculturalismo" ha estado marcada también por un movimiento reciente de retirada de las políticas multiculturales sostenidas hasta hace poco en países como Australia, Holanda y Gran Bretaña (Joppke, 2004). Como señalan los mismos críticos, es el multiculturalismo como agenda política,

como modelo de sociedad, el que está en el centro de estas críticas (más que la multiculturalidad como característica de las sociedades contemporáneas). Claramente, los hechos que se desencadenan a nivel mundial a partir del ataque terrorista del 11-S han incidido en el endurecimiento del debate y en el álgido tono que muchas de estas críticas adoptan. Lo cierto es que este conjunto de cuestionamientos está teniendo un fuerte impacto a nivel de imaginarios sociales, al punto que se ha producido un verdadero giro semántico: en el discurso cotidiano, y especialmente en el discurso político, el término “multiculturalismo” y toda su familia semántica (pluralismo cultural, diversidad cultural, etc.) han perdido su connotación positiva, pasando a denominar una serie de cuestiones de carácter negativo (Zapata-Barrero, 2009: 39).

El presente artículo se inserta dentro del programa de investigación de la “hermenéutica de la multiculturalidad”, propuesto por Zapata-Barrero (2009). Tal programa utiliza “el discurso como un indicador de cómo se construyen interpretaciones alrededor de los temas y de los conflictos relacionados con el proceso de multiculturalidad” (Zapata-Barrero, 2009: 43). En este marco, el artículo tiene por objetivo identificar, desde una mirada teórico-política, cuáles son los principales tipos formales de retórica del discurso reaccionario frente al multiculturalismo, a partir de la revisión de algunos de sus principales exponentes. Se ha escogido para ello cinco obras que resultan suficientemente representativas del arco de autores críticos del multiculturalismo: “Todos Somos Nosotros. Etnicidad y Multiculturalismo”, de Azurmendi (2003); “La Sociedad Multiétnica. Pluralismo, Multiculturalismo, Extranjeros e Islámicos” (2003) de Sartori;³ “La España Convertida al Islam” (2006) de Rodríguez; “La Rabia y el Orgullo” (2001) de Fallaci; y “Culture and Equality. An Egalitarian Critique of Multiculturalism” (2001), de Barry.

Como marco conceptual hemos empleado el propuesto por Albert O. Hirschman en su obra de 1991 “Retóricas de la Intransigencia”. Allí él analiza los principales argumentos normativos y prácticos esgrimidos para resistir en su momento a cada una de las grandes reformas políticas y sociales occidentales de los últimos tres siglos: la Revolución Francesa, el sufragio universal y la conformación del Estado de bienestar. A partir de esta revisión, Hirschman identifica tres grandes tesis que articulan en forma casi exhaustiva la retórica de los sectores reaccionarios, y que sirven para entenderla y ordenarla: la tesis de la perversidad, la tesis de la futilidad y la tesis del riesgo.

La categoría “reaccionario” tiene enorme relevancia en el pensamiento político moderno, y presenta una serie de complejidades en sí misma, por cuanto en el lenguaje común suele utilizarse como sinónimo de conceptos como “conservador”, “derechista”, “autoritario” o “fascista”; y también se

ha empleado para señalar, dentro de los movimientos revolucionarios, a aquellos elementos que dificultan el avance del conjunto. Hirschman (1991: 8) declara tomar su acercamiento al tema del principio mecánico *newtoniano* según el cual detrás de toda acción se produce, inevitablemente, una reacción. Implícitamente, sigue la distinción clásica que divide la política anti-progresista que suscita la Revolución Francesa en dos categorías: la *conservadora*, pro-monarquía, y la *reaccionaria* o contrarrevolucionaria, aquélla que busca revertir una tendencia en curso y regresar a un estado previo. Es en este último sentido que emplea el término y lo aplica a determinados pensadores; y es el mismo criterio el que se aplicará aquí. Se identificará, así, como *reaccionarios*, a aquéllos autores que argumentan la necesidad de resistir y/o revertir las reformas de corte multicultural en las democracias occidentales, para preservar y/o restaurar un Estado *culturalmente neutral* (en términos liberales).

En primer lugar se presenta brevemente el marco conceptual escogido, a fin de fundamentar las tres tesis que se ha empleado como categorías analíticas. A continuación, se muestran los resultados del análisis realizado, precisando cómo entran en acción las tres tesis identificadas por Hirschman en las obras revisadas: cuáles son los temas a propósito de los cuales se las emplea, y los puntos en común y divergencias de su uso en cada uno de los autores considerados en el análisis. Adicionalmente, se realiza una breve evaluación del discurso argumentativo de los autores críticos del multiculturalismo, a través de la enumeración de las principales falacias en las que ellos caen.⁴ Finalmente, se ofrecen algunas reflexiones finales y una matriz que sintetiza los hallazgos del trabajo, una sistematización que eventualmente pueda ser de utilidad para futuros trabajos que analicen el discurso de las posturas reactivas sobre multiculturalismo.

El enfoque que aquí se plantea está delimitado por las siguientes coordenadas. En primer lugar, aunque se emplea el término genérico de “políticas multiculturales”,⁵ el enfoque se centra sólo en la discusión en torno a las *políticas de gestión de la inmigración*. La razón es que el grueso del debate entre el multiculturalismo y sus críticos se ha centrado en esta cuestión (las estrategias que las democracias liberales están empleando para lidiar con la diversidad étnica, cultural y religiosa asociada a los flujos migratorios), más que en las minorías nacionales y los pueblos originarios. En segundo lugar, el discurso reaccionario de los textos seleccionados no se entiende ante todo en una dimensión teórica o académica, sino, prioritariamente, como *discurso público*. Siguiendo a Pocock (1981), definimos a un discurso como público no tanto por su procedencia (por ejemplo, el discurso de actores políticos) sino por sus efectos (ver Zapata-Barrero, 2009: 50). Es por esto también que se ha escogido un conjunto de obras que combinan la crítica filosófica con la crítica sociológica, la teoría

política con la alocución social⁶; hay aquí, desde luego, ambición teórica, pero también se proporcionan argumentos para la legitimación de políticas. En tercer lugar, el foco no está puesto en el contenido de los argumentos desarrollados, sino en las técnicas de utilización de lenguaje que se despliegan para conseguir su objetivo persuasivo: cómo discute hoy este nuevo pensamiento reaccionario sobre la inmigración; con qué armas retóricas.⁷ Como se verá, es posible afirmar que aunque los contenidos y las temáticas cambian, las fórmulas de las que se sirve este discurso son antiguas y largamente probadas en otras batallas. Por otra parte, este foco implica deja fuera, deliberadamente, el análisis de los fundamentos ideológicos –y, en último término, racistas– que subyacen a la crítica al multiculturalismo.⁸ Por último, es importante tener en cuenta que las categorías de análisis no son, en principio, excluyentes. Como se verá, los autores se servirán de las tres tesis según convenga a su labor persuasiva. No sólo pueden emplear más de una a la vez, sino que pueden combinarlas de forma de aumentar su potencial retórico. Estas combinaciones, así como algunas incompatibilidades lógicas que las restringen, serán exploradas en las conclusiones del artículo.

Marco Conceptual. Las Retóricas Reaccionarias

Albert O. Hirschman (1991), movido como él mismo señaló por “una preocupación por la masiva, obstinada y exasperante otredad de los otros” (Hirschman, 1991: 11), se embarcó en “Retóricas de la Intransigencia”⁹ en la tarea de delinear los tipos formales de argumento o de retórica que en su momento enarbolaron sectores sociales y políticos reaccionarios para resistir el avance de reformas de corte progresista. Para la labor, ordenó tales reformas siguiendo cada una de las tres oleadas de extensión de derechos (civiles; políticos; y sociales, económicos y culturales) que según el conocido relato de T. H. Marshall (1950) marcaron la construcción de la ciudadanía en los siglos XVIII, XIX y XX.

En su análisis Hirschman identificó tres grandes tipos formales de argumentación propios de este pensamiento: la tesis de la perversidad, la tesis de la futilidad y la tesis del riesgo. “Según la tesis de la *perversidad* toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico sólo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar. La tesis de la *futilidad* sostiene que las tentativas de transformación social serán inválidas, que simplemente no logran “hacer mella”. Finalmente la tesis del *riesgo* arguye que el costo del cambio o reforma propuesto es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado” (Hirschman, 1991: 17-18).

El interés del análisis que hace Hirschman está, en primer lugar, en el bien documentado y sorprendente recorrido histórico que realiza para dar cuenta de cómo cada uno de estos tipos argumentales fue esgrimido sucesiva y sistemáticamente por distintos pensadores y líderes políticos durante los últimos treientos años para condenar (ex ante o bien ex post) procesos tan dispares como la Revolución Francesa y la instauración de derechos individuales, el sufragio universal, las leyes de pobres y el Estado benefactor. Por otra parte, Hirschman deja en evidencia algunos mecanismos internos de estas fórmulas de la retórica, que ayudan a maximizar su eficacia. Por ejemplo, el recurso a poderosos mitos clásicos, o su reiterada invocación para cubrir una enorme variedad de temas. Estas características conforman un patrón de discurso bastante familiar en varios debates contemporáneos. Llama la atención que, como resalta Hirschman, la estructura de cada uno de los argumentos sigue siendo admirablemente sencilla, la pretensión expresada bastante extrema, y su impacto en el público en general, indudablemente efectivo.

Desde luego, la denuncia de la recurrencia de estas tesis no equivale a afirmar que éstas siempre, de suyo, estén equivocadas. Como el mismo Hirschman, señala, “han existido ciertamente situaciones en que la “acción social deliberada” emprendida con buenas intenciones ha tenido efectos perversos, otras en que ha sido en esencia fútil, y otras más en que ha puesto en riesgo los beneficios debido a algún adelanto anterior” (Hirschman, 1991: 185). El *quid* del asunto está más bien en el carácter intelectualmente sospechoso de varios de sus conceptos centrales; así como en los obstáculos que imponen al diálogo estos planteamientos al presentarse como mera constatación de verdades, y al acentuar las polaridades por medio de la caricaturización de la postura del otro, y del planteamiento de incompatibilidades esenciales.¹⁰ Aunque pueda resultar altamente efectiva desde un punto de vista persuasivo, la estructura de esta retórica no es sólo, como mencionamos antes, simple, sino ante todo *simplificante*, lo que empobrece y dogmatiza el debate, dificultando enormemente la negociación y la identificación de posibles puntos de convergencia entre posiciones distintas.

En el caso que aquí analizamos, esto se confirma, y se ve reforzado por una serie de falacias comunes que es posible encontrar en una rápida evaluación del discurso argumentativo de los autores (ver la sección N°4). En conjunto, el tipo de argumentación desarrollada contribuye poco a la verdadera resolución de la diferencia de opinión existente entre dos oponentes, en principio racionales y críticos. Más que para desarrollar una discusión fructífera con la otra parte (el mundo multiculturalista), parece tratarse de un conjunto estándar de fórmulas diseñadas exclusivamente para ganarse a una audiencia más amplia.

Baste eso por ahora. Al exponer la forma en que -según se ha hallado- estas mismas tesis están siendo empleadas hoy en la ola de resistencia a los procesos de cambio que implica el multiculturalismo en las sociedades democráticas liberales, nos detendremos en algunos otros aspectos pertinentes para este caso.

Multiculturalismo y uso de las tres tesis de la retórica reaccionaria

A continuación se muestran los resultados del análisis realizado, identificando cómo y en qué sentido los textos de crítica al multiculturalismo escogidos emplean la tesis de la perversidad, la tesis de la futilidad y la tesis del riesgo descritas por Hirschman (1991).

Tesis de la Perversidad

Según los hallazgos de Hirschman, debido al temperamento tercamente progresista de la era moderna los “reaccionarios” saben que viven en un mundo hostil, un ambiente intelectual que atribuye un valor positivo a cualquier objetivo elevado puesto en el programa social por los autodeclarados “progresistas” Dada esta situación, ellos evitarán en general lanzar un ataque total contra tal objetivo. “Más bien lo apoyarán, sinceramente o no, pero intentarán después demostrar que la acción propuesta o emprendida está mal concebida; en realidad, en el caso más típico, exclamarán que esa acción producirá, por intermedio de una cadena de consecuencias imprevistas, *exactamente lo contrario* del objetivo que se proclama y persigue” (Hirschman, 2002: 21). He aquí la principal diferencia entre la tesis de la perversidad y la tesis del riesgo: el efecto deletéreo de la política no afecta otros ámbitos o valores de la sociedad que puedan ser considerados importantes; sino que impacta en forma negativa precisamente al mismo problema que buscaba aliviar.

De las tres tesis, ésta es probablemente la que requiere una declaración más explícita de simpatía por los objetivos de transformación que se plantea la política. De aquí que no sea de extrañar que en la más radical de las obras seleccionadas (la de Fallaci) no se la emplee ni una sola vez. En cambio, todos los otros acusan en algún momento de perverso, en el sentido aquí descrito, al multiculturalismo y a las políticas que propugna.

Se ha hecho aquí una distinción. Por un lado, tenemos una serie de argumentos que sostienen que las políticas impulsadas por el multiculturalismo terminan afectando negativamente a los inmigrantes, dejándoles en peores condiciones que antes de la introducción de las mismas, por al menos cinco vías distintas. Por otro, tenemos una gran

argumentación-síntesis de la tesis de la perversidad, que afirma que el multiculturalismo “produce” diferencia y conflicto cultural y, por esa vía, reproduce lo que supuestamente debiera atacar. Ambas argumentaciones no son excluyentes sino que se refuerzan mutuamente.

Los Inmigrantes, Perjudicados

- Absolutización de la cultura como criterio que invisibiliza otros problemas

Existen, en primer lugar, varios argumentos que apuntan a que la opción que realiza el multiculturalismo por la cultura y, a veces, la religión, como criterios de desventaja o diferencia social no sólo es arbitraria y en muchos casos infundada, sino que además deja en la oscuridad los otros problemas que afectan a los inmigrantes, que la mayoría de los autores considera de índole prioritariamente socio-económica. Para algunos, esto será indicio de mera futilidad (la política multicultural es ineficaz); pero para la mayoría se trata de perversidad, por cuanto la invisibilidad de las otras desventajas incide en su mantención y profundización. Así, por ejemplo, Rodríguez afirma: “Los problemas de los inmigrantes son en gran medida sociales: permisos de trabajo, vivienda, inserción cultural... y sólo en una parte religiosos (...) Muchos de los emigrantes de países árabes no son practicantes estrictos o ni siquiera creyentes, y lo que reclaman no es el derecho a la diferencia, sino a la indiferencia (Rodríguez, 2006: 86). Barry concuerda en que, la mayoría de las veces, el problema no es la cultura y por tanto la solución tampoco está en la cultura (Barry, 2002: 306-308). Esto acaba distraendo la atención de problemas más importantes que afectan a los inmigrantes entre otros grupos desfavorecidos (Barry, 2002: 321). Este “error de diagnóstico”¹¹ (Banting y Kymlicka, 2006: 12) es uno de los argumentos centrales desde los cuales Barry, como liberal igualitarista, pone en tela de juicio a las políticas multiculturales.

- Encadenamiento a la cultura y a la comunidad en detrimento de la individualidad

Otra vía por la cual las políticas multiculturales podrían perjudicar a los inmigrantes es la tendencia a subsumir al individuo inmigrante dentro de las categorías del grupo o la comunidad, imponiéndole una membresía que a él o a ella puede no interesarle o de la cual directamente preferiría renegar. La versión extrema de este argumento se enfoca en los casos en que la preservación de la identidad cultural puede prestarse para justificar la vulneración de los derechos individuales de los inmigrantes (especialmente,

mujeres y niños). Aquí es Azurmendi quien probablemente más insiste en que el multiculturalismo acaba perjudicando a los inmigrantes pues instala sus “yo” en la rigidez esencialista, les amarra a identidades comunitarias de las que muchas veces precisamente habían intentado escapar; o infringe los derechos de las personas en nombre del respeto a la cultura de origen, “(...) como en Andalucía, por ejemplo, donde ya es legal que los progenitores musulmanes puedan exigir a los servicios de la Seguridad Social, previa inspección vaginal, un certificado de virginidad de su hija adolescente” (Azurmendi, 2003: 129-130). En este último sentido, el multiculturalismo no sólo condena a los individuos a ser determinados por las identidades de los grupos culturales en que nacieron, y a tener que preservarlas y reproducirlas (Barry, 2002: 65); sino que además puede llegar a desproveer a los grupos minoritarios de las defensas que el estado liberal habitualmente le ofrece a los ciudadanos en forma de derechos (Barry, 2002: 326).

- Reforzamiento de la exclusión y la guetización por la vía del separatismo

Esta línea de argumentación apunta a que el diferencialismo promovido por las políticas multiculturales tiene altas probabilidades de aumentar el aislamiento y la situación de exclusión de los inmigrantes dentro de la sociedad de acogida, especialmente cuando en nombre de la defensa de la cultura se limita, o no se promueve, su acceso a bienes (como por ejemplo la adquisición de la nueva lengua o de otras habilidades) que podrían facilitar su inserción en la economía formal y por tanto nivelar sus oportunidades. Así, Barry destaca que en general los inmigrantes aspiran a la incorporación, no a crear economías paralelas (Barry, 2002: 106); y que la adquisición del lenguaje de la sociedad de llegada será, por cierto, fundamental para una auténtica igualdad de oportunidades, por lo que insistir en que conserven su lenguaje sólo iría contra esta igualdad (además de contra sus deseos) (Barry, 2002: 107). Él mismo señala que, en aquellos casos que se resolverían con una mejor incorporación a la sociedad global de los grupos en cuestión, la insistencia en el aislamiento cultural muchas veces no hace sino reforzar la desigualdad (Barry, 2002: 323). “A lo que hay que añadir que la política del reconocimiento no sólo transforma en reales unas identidades potenciales, sino que se dedica también a aislarlas como en un gueto y a encerrarlas en sí mismas” (Sartori, 2003: 88-89). Hay que señalar que, al igual que en la subcategoría siguiente, varios de los autores emplean para respaldar esta afirmación los resultados de algunas de las políticas implementadas por ejemplo en Holanda y Francia; y también el caso de los afro-americanos en los Estados Unidos.

- Rechazo y estigmatización

Hay coincidencia entre los autores en señalar que las políticas multiculturales aumentarán el resentimiento y la estigmatización de parte del resto de la sociedad hacia los inmigrantes, especialmente por parte de aquellos ciudadanos nativos más pobres que entran a competir con ellos por beneficios escasos (por ejemplo, becas o subsidios). Por lo tanto, las actitudes de discriminación o racismo de las que ya eran objeto los inmigrantes no sólo no disminuirán, sino que irán en aumento. Para sustentar esta argumentación, nuevamente varios de los libros revisados recurren a la mala evaluación de algunos modelos europeos de integración multicultural; y a los efectos de la “affirmative action” en relación a los afro-americanos en los Estados Unidos (Sartori, 2003; Azurmendi, 2003). Sartori va a señalar que con la instauración de un Estado sensible a las diferencias “se activa una reacción en cadena perversa: o que los no discriminados soliciten para ellos las mismas ventajas concedidas a los otros o que las identidades favorecidas por la discriminación demanden para sí cada vez más privilegios en perjuicio de las identidades no favorecidas. En aquel caso la identidad que resulta atacada y reducida acaba por resentir su propio desconocimiento y hasta reacciona reafirmando su superioridad. Si hasta ahora estas *backlashes*, estas retroacciones perversas, se mantienen a niveles tolerables es porque la eficacia de la acción afirmativa ha sido modesta y porque la política del reconocimiento es hasta hoy más de palabras que de hechos. Pero en la medida en que las discriminaciones triunfan, en la misma medida encienden la mecha de una creciente conflictividad social. Las discriminaciones crean desfavorecidos que protestan y demandan contrafavores, o bien favorecidos no aceptados y rechazados sin más por su comunidad” (Sartori, 2003: 84-85).

- Instrumentalización / no consideración de sus verdaderas preferencias

Una última forma, menos evidente, en que las políticas multiculturales podría perjudicar a los inmigrantes, es de tipo transversal, y está dada porque muchas veces quienes desde la academia, la sociedad civil o la política promueven estas políticas instrumentalizan a los inmigrantes, y no toman en serio sus propias preferencias en términos de integración, pudiendo éstas incluso estar en franca oposición con las políticas que se implementan en su nombre. La figura del “empresario” o “administrador” de la diferencia es caracterizada en tono burlón por todos los autores en estudio. “(...) El concepto de “minoría” aplicado a los inmigrantes vela y oculta su realidad social para actuar ideológicamente como catapulta de intereses políticos distintos de los suyos” (Azurmendi, 2003: 144). Se

reproducen así argumentos levantados en su momento en contra del marxismo y nociones como “vanguardia” y “falsa conciencia”. De hecho, todos los autores revisados sugieren que la izquierda post-Muro de Berlín ha abrazado con entusiasmo la causa multicultural como un sustituto de la lucha de clases anticapitalista. “(...) A falta de *proletariado* como motor englobante del cambio sociopolítico, los universitarios encontraron allí el *género* y la *etnia*, un novedoso dispositivo de repulsa del *status quo*” (Azurmendi, 2003: 120-121).

La Fábrica de Identidades Culturales

Según relata Hirschman, en su momento los detractores del Estado de Bienestar insistieron persistentemente en las consecuencias perversas que éste acarrearía, no tanto para los pobres en tanto beneficiarios directos como para la sociedad en su conjunto. “La prolongada discusión acerca de los problemas de la asistencia social a los pobres ofrece un amplio ejemplo de estos diversos argumentos (...) esa visión “ingenua” no tenía en cuenta las reacciones de la oferta, los incentivos incorporados en ese arreglo: la disponibilidad de la asistencia, se argüía, actúa como un aliento positivo a la “pereza” y a la “depravación”, y produce así pobreza en lugar de aliviarla” (Hirschman, 1991: 39). No es extraño constatar que hoy es el multiculturalismo quien carga con la maldición de un efecto indeseado tan exasperante como es el de crear lo que debiera resolver. Esta clase de efecto perverso es sintetizada en la denuncia de prácticamente todos los autores revisados, de que el multiculturalismo funciona como una fábrica de diversidad.

Para Sartori, por ejemplo, esta es la principal diferencia entre la “affirmative action” y las políticas multiculturales: que éstas últimas no se limitan a reconocer realidad sino que además la crean constantemente. “(...) El hecho es que las entidades que hoy demandan respeto no existían, no eran conscientes de ellas mismas, hace cincuenta años. Por tanto, la secuencia histórica y lógicamente correcta es que *primero* se inventa o en todo caso se “hace visible” una entidad, para después declararla pisoteada y así, *por último*, desencadenar las reivindicaciones colectivas de los desconocidos que antes no sabían que lo eran. En los años sesenta escribía yo que no es la clase la que produce el partido de clase, sino que es el partido el que produce la clase (...) A mi entender, lo mismo cabe decir – hechos los debidos reajustes- del multiculturalismo: son los multiculturalistas los que fabrican (hacen visibles y relevantes) las culturas que después gestionan con fines de separación o de rebelión” (Sartori, 2003: 88). “Ni cuando esos inmigrantes vivían con sus familias en sus lugares de origen respectivos se veían a sí mismos como etnias. Ni jamás supieron que

lo eran hasta encontrarse aquí con las ONG y ciertos universitarios nacionalistas” (Azurmendi, 2003: 145).

Por otra parte, la política multicultural va acompañada de recursos lo que genera toda una clientela, llevándonos de vuelta a la instrumentalización de los inmigrantes y al surgimiento de “expertos en cultura” del que hablábamos antes. “Esto significa que la gente tiene un incentivo financiero para identificarse con sus comunidades étnicas” (Barry, 2002: 314). Puesto que éste es también pasto fértil para el surgimiento de administradores de la diversidad que estimulan la conciencia etnocultural, no es de extrañar que el multiculturalismo acabe creando realidad y auto-reforzándose (Barry, 2002: 315): en síntesis, creando lo que debiera resolver: “Por supuesto, si las cosas están dispuestas para que cada grupo minoritario pueda obtener dinero del gobierno, no es más que justo que cada uno obtenga su parte. Pero sigue siendo cierto que “la cultura no es el problema ni la solución”. Políticas públicas mal concebidas pueden *transformar* la cultura en un problema, en este caso, al convertirla gratuitamente en una política de barril de dinero”¹² (Barry, 2002: 317).

Tesis de la Futilidad

Caen dentro de las tesis de la futilidad todas las afirmaciones que dicen que una determinada tentativa de cambio es abortiva; “(...) que de una manera o de otra todo pretendido cambio es, fue o será en gran medida de superficie, de fachada, cosmético, y por tanto ilusorio, pues las estructuras “profundas” de la sociedad permanecerán intactas” (Hirschman, 1991: 55). El supuesto de quienes las esgrimen es que existe alguna “ley de hierro” en la sociedad que vuelve infructuosos los intentos más arrojados de los agentes del cambio por transformar determinadas situaciones o instituciones sociales en una forma real y/o duradera.¹³

Llama la atención que esta segunda clase de tesis prácticamente no sea usada por los críticos del multiculturalismo. Si bien puede encontrarse aquí y allá alguna referencia a ella para tratar asuntos puntuales, resulta claro que no juega un rol central dentro del arsenal de los reaccionarios de la cultura, cuya gran favorita es, de lejos, la tesis del riesgo. De todos modos, a continuación se enuncian brevemente algunos de los temas a propósito de los cuales se recurre a ella.

Irrelevancia para los Inmigrantes

Algunas de las interacciones entre los inmigrantes y las políticas multiculturales que mencionamos al hablar de las tesis de la perversidad, podrían desde cierto punto de vista ser exhibidas como una prueba de

irrelevancia. Específicamente, las que ilustramos en el primer punto (la absolutización de la cultura en desmedro de problemas “reales”) y en el último (la instrumentalización de los inmigrantes en nombre de objetivos con los que ellos no se identifican). Así, por ejemplo, decir que las políticas multiculturales no abordan efectivamente los problemas más acuciantes de los inmigrantes puede equivaler a insinuar que son ineficaces, que finalmente “no tocan” las problemáticas reales y por tanto no las afectan. Lo mismo cuando se dice que éstas no coinciden con los intereses sentidos por los inmigrantes: “(...) los testimonios de los propios inmigrantes y las noticias que hay sobre ellos afirman que, en cuanto pueden ascender laboral y socialmente, quieren y suelen dejar su propia comunidad (...)” (Azurmendi, 2003: 126). Sin embargo, no se cumple aquí una parte importante de la tesis de la futilidad, que es el supuesto de que en la base del fracaso está una tendencia subyacente a la inmovilidad social. Por otra parte, todos los autores como hemos visto tienen la fuerte convicción de que estas políticas tienen efectos nocivos para la vida de los inmigrantes, por lo que difícilmente podrían afirmar al mismo tiempo que éstas carecen de consecuencias (ver Hirschman, 1991: 57).

La idea de la instrumentalización que el mundo multicultural hace de los inmigrantes, sin embargo, sí podría más razonablemente argumentarse como una versión de la tesis de la futilidad, en su modalidad de la “desviación”. Hirschman rescataba un argumento similar que se empleó para criticar al Estado Benefactor; el que planteaba que los pagos transferidos no llegaban nunca a los supuestos beneficiarios, sino que se desviaban –tal vez no del todo pero sí en gran parte- hacia otros grupos sociales con más fuerza (Hirschman, 1991: 75). Cuando se logra demostrar esto, nos dice Hirschman, “sus promotores no son sólo señalados como ingenuamente inconscientes de los efectos perversos colaterales concebibles; más bien caerán bajo la sospecha de trabajar en beneficio propio, ya sea promoviendo desde el comienzo el plan con la intención de “arrimar el ascua a su sardina”, ya sea, de manera un poco más caritativa, *aprendiendo* cómo desviar parte de los fondos, una vez que están disponibles, hacia sus propios bolsillos” (Hirschman, 1991: 75). Así, la idea de “empresarios de la diversidad” que promueven las políticas multiculturales en pro de una agenda propia -una agenda ideológica marxista, anti-norteamericana o incluso judeofóbica como insinuaba Rodríguez (2006: 130); o bien de recursos, ya sea para apropiárselos o para consolidar clientelas, podría ser una acusación de que el multiculturalismo es irrelevante, en términos de los objetivos que declaradamente se propone.

Acoger y Ciudadanizar: Una Estrategia Vana

De todos los autores revisados, sólo dos (Fallaci y Sartori) se definen abiertamente en contra de la ciudadanización como estrategia para lidiar con la inmigración. En el caso de la primera, estamos ante un evidente ejercicio de la tesis del riesgo. Pero Sartori, al referirse al tema, combina la idea del riesgo con la de la futilidad, por lo que es pertinente mencionar su argumento.

Sartori está partiendo aquí del supuesto de que la política multicultural de inmigración sin restricciones y la regularización masiva persiguen, al menos como uno de sus objetivos, reducir la presión migratoria sobre los países europeos.¹⁴ Sartori parte por constatar que los flujos migratorios son imparables y van en aumento. Y, desde luego, el tamaño de la inmigración importa (Sartori, 2003: 121). “Así pues, los flujos migratorios que *asedia*¹⁵ a Europa se incrementan con tres nuevos ejércitos: el de los inmóviles del pasado (las poblaciones agrícolas), el de los urbanizados que se mueren de hambre en las ciudades y, claro está, el de los recién nacidos en exceso (excesivo) salvados por la medicina pero no controlados por ella. No debemos, pues, hacernos ilusiones. El problema no se puede resolver, ni siquiera atenuar, acogiendo más inmigrantes. Porque su presión no es coyuntural ni cíclica (...) No es que el que entra dentro reduzca el total de los que quedan fuera; porque ese total sigue creciendo. ¿Se pueden remediar las crecidas de los ríos bebiendo agua? No. Pues de la misma manera la crecida de los inmigrados no se puede remediar dejándoles entrar” (Sartori, 2003: 111-112). Seguir acogiendo a todo el que llega, pues, resulta a todas luces fútil si el objetivo es controlar la inmigración.

Respecto de la propuesta de integrar dando ciudadanía, Sartori la considera al mismo tiempo fútil y riesgosa, y desdeña a quienes la propician. “A las bobas y los bobos que se ocupan de este juego de altos vuelos la solución del problema les parece obvia: consiste en transformar al inmigrado en ciudadano, es decir, en “dispensar ciudadanía”. Así pues, la idea de las bobas (*a las que subrayo porque son más numerosas que los bobos*)¹⁶ es que la ciudadanía integra, y que basta “ciudadanizar” para integrar. ¿Es eso cierto? Desgraciadamente no. A veces es así. Pero muchas veces no es así. Y, por tanto, la política de la ciudadanía para todos –sin mirar a quién– no sólo es una política destinada al fracaso, sino que además es una política que agrava y convierte en explosivos los problemas que se pretende resolver” (Sartori, 2003: 112-113).

No Todo Vale (lo Mismo)

Un último uso, muy acotado, de la tesis de la futilidad, es el que hacen Sartori y Barry en relación al relativismo cultural y las políticas del reconocimiento.

Sartori precisa, de acuerdo con su distinción central entre multiculturalismo y pluralismo (Sartori, 2003: 7-8), que la política del reconocimiento no sólo sostiene que todas las culturas merecen respeto (como afirma también el pluralismo) sino “un mismo respeto”, a partir del supuesto de que todas las culturas tienen igual valor. Para Sartori este salto es “acrobático e inaceptable” (Sartori, 2003: 79), por cuanto equivale a adoptar un relativismo absoluto que destruye la noción misma de valor: si todo vale, nada vale. “Cualquier cosa vale, para cada uno de nosotros, porque su contraria “no vale”. Y si no es así, entonces no estamos hablando de valores” (Sartori, 2003: 80). De esta imposibilidad lógica se derivaría que sostener la igual validez de todas las culturas, y pretender sustentar una política sobre esta base, es una acción fútil.

Barry desarrolla más este mismo punto. Valorar todas las culturas igualmente es algo impracticable, porque socialmente el valor se asigna discriminando lo mejor de lo peor, y aún si esto se procura prohibir en el ámbito público, las valoraciones persistirán en último término.¹⁷ Por otra parte es imposible, por ejemplo, afirmar la cultura gay y, al mismo tiempo, la cultura de un grupo religioso que considera la homosexualidad un delito o un pecado (Barry, 2002: 270). Psicológicamente es imposible, en fin, pedir a las personas que adhieran a sus propias creencias y al mismo tiempo abracen las otras culturas, con todos los conflictos que pueden existir entre ellas (Barry, 2002: 271). Por todo lo anterior, la pretensión de que todas las culturas tienen igual valor no sólo es lógicamente incompatible –como señalan varios de los autores revisados- con la inconmensurabilidad de las distintas culturas; es además una demanda fútil.

Tesis del Riesgo

Como se ha adelantado, ésta es, a todas luces, la gran favorita de los detractores del multiculturalismo. No sólo es la única tesis que todos incorporan activamente en sus trabajos, sino que además es la que se lleva más énfasis y más páginas. Consígnese que, según Hirschman, esta tesis se diferencia de las dos primeras por ser la más cercana al sentido común; y porque no requiere demostrar tanta empatía –real o no- para con el ideario de cambio que busca resistir, sino que permite pasar directamente a un ataque frontal (Hirschman, 1991: 97). En un contexto pre 11-S, podría aventurarse, los autores reaccionarios hubieran aplicado un mucho mayor

disimulo en el planteamiento de sus críticas. Los cambios que desde entonces –y por varios motivos- han ocurrido a nivel de opinión pública, permiten entender que sus discursos se vuelvan más radicales y tengan menos ambages.

La pregunta que estructura esta tesis es: ¿tiene acaso sentido sacrificar un antiguo progreso en nombre de uno nuevo? Este argumento permitiría al reaccionario, si así lo quisiera, revestirse una vez más de los ropajes progresistas, argumentando como si el progreso nuevo y el antiguo fuesen ambos deseables, y mostrando entonces cómo una nueva reforma, en caso de realizarse, pondrá mortalmente en *riesgo* la antigua, muy apreciada (Hirschman, 1991: 100). En general, este recurso se basa en una terca “mentalidad de suma cero”, entendida como “una difusa creencia en que toda ganancia fortuita en una dirección, para un individuo o para un grupo, está condenada a ser equilibrada, y por tanto de hecho borrada, por una pérdida equivalente en otra dirección” (Foster en Hirschman, 1991: 140). Mirando más de cerca, puede verse que la mayoría de las veces esta línea de razonamiento tiende de hecho a asumir un resultado negativo más que de suma cero: perdemos y ganamos, pero lo que perdemos es máspreciado que lo que ganamos (un paso hacia adelante y dos hacia atrás) (Hirschman, 1991: 140).

Dentro de esta categoría, se identifican tres subcategorías que vale la pena revisar una por una. La primera tiene que ver con cuál es el antiguo logro, reforma, progreso, que según los autores queda mortalmente amenazado si se completa la agenda de reforma multicultural. La segunda, con los mecanismos que según ellos podrían estar mediando entre su implementación y la gran debacle anunciada. En tercer lugar, un tema en el que todos los autores invierten buena cantidad de pluma es el rol que juega el multiculturalismo como línea de pensamiento teórico y político en todo este proceso: una especie de humanitario jinete del apocalipsis que alegremente libera las siete plagas.

¿Qué es, exactamente, lo que está en riesgo?

La revisión revela un repertorio muy amplio de logros previos que estarían en riesgo hoy. A pesar de su número y variedad, lo que tienen en común es que su conjunto configura el inventario de las conquistas fundamentales de la Modernidad occidental, lo que evidentemente aporta una tremenda carga normativa al argumento (no es “una” reforma la que está bajo amenaza, sino “la” gran reforma paradigmática). Casi todos los autores mencionan varios de estos tesoros amenazados en sus respectivos argumentos, sin establecer una taxonomía demasiado clara ni detenerse en distinciones conceptuales.

- Constitucionalismo liberal/republicanismo

Tanto Barry como Sartori y Rodríguez alertan sobre la fragilidad del conjunto de principios sobre los que se basan el constitucionalismo liberal (Sartori, Barry) o el republicanismo (Rodríguez), entendidos genéricamente como los arreglos institucionales propios de la modernidad occidental, frente a una arremetida multicultural que fácilmente puede devenir autoritaria. “El multiculturalismo cuestiona los tres principios del constitucionalismo liberal: neutralidad del Estado; separación del cargo y de la persona; y generalidad (omni-inclusividad) de las leyes”; todo lo anterior implica volver del predominio de la ley al arbitrio; en palabras de Sartori, casi a un estado de naturaleza. (Sartori, 2003: 93). “En los paquetes de cigarrillos es obligatorio advertir: atención, el tabaco perjudica seriamente la salud. En cambio, y desgraciadamente, sobre el paquete de la oferta multicultural no está la advertencia “atención, con nosotros se vuelve al arbitrio” Y, sin embargo, así es” (Sartori, 2003: 98). Barry, por su parte, señala como desde hace varios años ve con temor que en el mundo contemporáneo están en riesgo las instituciones liberales, y que podríamos estar próximos al advenimiento de una “Era Oscura” (Barry, 2002: 32). Por otra parte, destaca cómo una política multicultural llevada al extremo pondría en serio peligro al liberalismo. “Esperar que el Estado asuma la socialización de las tradiciones es riesgoso para los principios del liberalismo (Barry, 2002: 66). Poner bajo control público materias que debieran ser definidas individualmente es un gran riesgo. Porque los multiculturalistas no se contentan con que no se estorbe la diversidad: hay que manifestar públicamente el aprecio por cada cultura (en la práctica, crear una policía de lo políticamente correcto). Opciones privadas como mi lenguaje, mis bromas, mi estilo de vida, debieran quedar sujetas a intervención y modificación política (Barry, 2002: 277).

- Derechos y ciudadanía

Rodríguez, Sartori, Azurmendi y Barry destacan también la vulnerabilidad de los derechos y la ciudadanía entendidos en su sentido clásico (constitutivos por lo demás de los arreglos institucionales mencionados recién). “Un uso demagógico de la tolerancia y del multiculturalismo puede ser el comienzo del socavamiento de determinados principios, la oculta gangrena por la que inoculan mensajes no asumibles. Es necesario mantenerse alerta frente a la trampa subyacente a las grandes palabras y la retórica de las buenas intenciones que responden a posicionamientos políticos de no excesivamente claras complicidades u otros intereses ocultos (...) *En España, en Europa, no podemos estar negociando ninguna de las*

libertades que tanto nos ha costado consolidar”¹⁸ (Rodríguez, 2006: 164). Sartori, por su parte, cuestiona la noción de ciudadanía multicultural desarrollada, entre otros, por Kymlicka (1995). “La condición fundante de la ciudadanía que instituye el “ciudadano libre” es, pues –también en este contexto–, la igual inclusividad. En cambio, y por el contrario, la ciudadanía diferenciada convierte la igual inclusividad en una desigual segmentación. *El paso hacia atrás es mastodóntico*.¹⁹ Y, sin embargo, casi nadie da muestras de advertirlo” (Sartori, 2003: 103). En su apéndice sobre islamismo, además, llama la atención sobre la perversidad de situaciones en que la ley llega a proteger más al inmigrante ilegal que al ciudadano nativo (Sartori, 2003: 192); y se extiende denunciando como los llamados derechos humanitarios están destruyendo el derecho y la ciudadanía (Sartori, 2003: 194-195).

Barry comparte con Sartori que la desvalorización del principio liberal del trato igualitario es uno de los puntos más nocivos del multiculturalismo. Para él, las políticas de la diferencia siempre implican un retroceso no sólo de la libertad sino también de la igualdad entre ciudadanos. De aquí que recomiende evitarlas por razones normativas, incluso en los casos específicos en que por motivos pragmáticos cabría establecerlas (Barry, 2002: 12).

Como ya se mencionó, yendo a casos más extremos, el mismo Barry alerta sobre el riesgo para los derechos humanos de los miembros de comunidades de carácter i-liberal, si se toman en serio algunos planteamientos multiculturalistas. Para ello critica a autores como Kukathas, quien establece que el rol del Estado es mediar entre grupos, pero en ningún caso intervenir dentro de éstos para proteger a sus miembros; y que las prácticas de los grupos deben ser toleradas en tanto no hagan daño a los intereses de la comunidad más amplia. El mismo Kukathas, dirá Barry, reconoce los riesgos que esto implica: “daños significativos pueden inflingirse (por los poderes dominantes en el grupo) a los miembros más vulnerables de una comunidad minoritaria –usualmente mujeres, niños y disidentes” (Kukathas en Barry, 2002: 142). Los ejemplos más conocidos son la mutilación genital, negación de transfusiones sanguíneas a niños en riesgo de muerte, matrimonios forzados, violencia doméstica, no escolarización de los niños. En versiones más moderadas, lo que queda amenazado es el derecho al disenso; en último término, la diversidad interna de los grupos minoritarios.

Estos riesgos están directamente relacionados con el escaso valor que el multiculturalismo da a los derechos civiles que tanto ha costado conseguir (Barry, 2002: 276-277). Para la crítica liberal, ciertamente, muchos problemas de discriminación se resolverían con una mayor eficacia de los derechos civiles. En cambio, “si los ‘meros derechos civiles’ son

descartados como inútiles en ausencia de una ‘revolución cultural’, quedan en riesgo de ser anulados por una revolución contracultural. En los EEUU especialmente, está claro que el conservadurismo cultural es una fuerza política mucho más potente que el radicalismo cultural propugnado por Young y Fraser” (Barry, 2002: 276-277).

- Democracia

Aunque es un tema subyacente en todos los discursos revisados, vale la pena destacar a Sartori y Azurmendi por ser quienes más explícitamente agregan la democracia al listado de *especies liberales en riesgo de extinción*.

Para Sartori la pregunta central que enfrentan los pluralistas (es decir, la Europa occidental) hoy es: ¿hasta qué punto la sociedad pluralista puede acoger sin desintegrarse a extranjeros que la rechazan (lo que él llama *extraños extranjeros*: personas “que no son como nosotros” en cuanto a cultura, religión, etnia)?²⁰ (Sartori, 2003: 8). En términos más concretos, hoy esto equivale a preguntarse “¿hasta qué punto una tolerancia pluralista debe ceder no sólo ante “extranjeros culturales” sino también a abiertos y agresivos “enemigos culturales? (...) ¿debe permitir una democracia su propia destrucción democrática?”²¹ (Sartori, 2003: 54).

La respuesta, para él, es ciertamente negativa, y este es el eje de todo su argumento. “ (...) Existe un punto a partir del cual el pluralismo no puede y no debe ir más allá; y mantengo que el criterio que gobierna la difícil navegación que estoy narrando es esencialmente el de la *reciprocidad*, y una reciprocidad en la que el beneficiado (el que entra) *corresponde* al benefactor (el que acoge) reconociéndose como beneficiado, *reconociéndose en deuda*. Pluralismo es, sí, un vivir juntos en la diferencia y con diferencias; pero lo es –insisto– si hay contrapartida (...) Los extranjeros que no están dispuestos a conceder nada a cambio de lo que obtienen, que se proponen permanecer como “extraños” a la comunidad en la que entran hasta el punto de negar, al menos en parte, sus principios mismos, son extranjeros que inevitablemente suscitan reacciones de rechazo, de miedo y de hostilidad. El dicho inglés es que la comida gratis no existe. ¿Debe y puede existir una ciudadanía gratuita, concedida a cambio de nada? Desde mi punto de vista, no.” (Sartori, 2003: 54-55). El multiculturalismo que él así caracteriza es decididamente antipluralista y en tal medida una amenaza para la sociedad abierta o democrática.

Azurmendi, siguiendo a Sartori,²² aborda el tema central (declarado) de su libro (la integración social de los inmigrantes) a través de la pregunta por la clase de cultura que requiere la democracia. Según él, la identidad democrática está dada por un “nosotros”, el de “nosotros los ciudadanos”, los que nos acostumbramos al civismo, votamos, cumplimos la ley, y

permitimos que las identidades individuales se expandan. Pluralismo democrático es todo lo que fortalezca ese nosotros. La etnicidad, en cambio, constituye para él uno de los peligros principales de la democracia, en tanto busca imponer la identidad colectiva aún al costo de los derechos individuales. “(...) La etnicidad se plantea siempre como una adscripción natural e irremediable, proveniente de alguna diferencia menor, entrañando valores, obligaciones colectivas de maneras de ser y constricciones en el vivir y entender a los demás. Lo étnico impide en la sociedad democrática la concepción de ciudadanía abierta y niega la autonomía personal en nombre de los intereses de alguna comunidad total” (Azurmendi, 2003: 29).

- Estado de derecho / Estado unitario

Azurmendi llama la atención sobre el Estado de derecho, entendido en conexión con el Estado unitario. “Así es como en nuestro abanico político disponemos ahora de agentes sociales que, al socaire de la venida masiva de inmigrantes a Europa, plantean quebrar el *demos* mediante la consolidación política de unidades étnicas inmigrantes, incluso dotándolas de carácter nacional; o bien volver a la nacionalista separación de *ethnos* nacionalistas puros y sin inmigrantes (recuérdese que aun sin compartir el programa lepenista, los nacionalistas vascos también están por la Europa de los pueblos o de las etnias). El racismo/antirracismo es el suministro ideológico que alimenta el motor de todos ellos contra el pluralismo cultural, base del Estado de Derecho” (Azurmendi, 2003: 117).

Sartori, por su parte, fundamenta su oposición a otorgar derechos políticos a los inmigrantes apelando a que el derecho a voto le dará “fuerza y peso a agrupaciones de contraciudadanos”, y compara la presión electoral que ellos podrían ejercer al peso del voto mafioso en algunas regiones de Italia. “Será previsiblemente lo mismo respecto a la comunidades extracomunitarias, en especial si son islámicas, si se concede a sus miembros el derecho de voto. Ese voto servirá, con toda probabilidad, para hacerles intocables en las aceras, para imponer sus fiestas religiosas (el viernes) e, incluso (son problemas en ebullición en Francia), el *chador* a las mujeres, la poligamia y la ablación del clitoris” (Sartori, 2003: 118). El voto inmigrante, por tanto, podría inadvertidamente atentar contra el imperio de la ley.

- Estado de bienestar

Hablando indirectamente del Estado de bienestar, Azurmendi advierte que, “si en las actuales condiciones de entrada y regulación de contratación del mercado ya brota entre la ciudadanía un sentimiento de invasión e

inseguridad, nada indica que, abolidas estas restricciones y liberalizado completamente el vaivén de gente extranjera merced al “busque cada cual su vida como pueda”, se fuera a mantener el actual nivel de salarios y de reparto de servicios sociales, cierto espíritu de solidaridad cívica y la seguridad ciudadana. Por tanto, hoy necesitamos seguir regulando restrictivamente la inmigración para salvaguardar el sistema político de derechos y libertades, el sistema de no explotación salvaje y asegurar una ciudadanía no adscrita a formas etnonacionalistas o basadas en la xenofobia o el racismo” (Azurmendi, 2003: 63).

Sin embargo, es Barry quien se ha hecho conocido precisamente por sostener, junto con autores como Gitlin (1995), Rorty (2000), Klausen y Wolfe (2000), la existencia de un *trade-off* entre las políticas de reconocimiento y las políticas redistributivas (ver Banting y Kymlicka, 2006; y Van Parijs, 2004). En efecto, su escepticismo filosófico respecto del multiculturalismo es acompañado por la convicción de que, en términos prácticos, éste resta atención a los problemas de desigualdad socioeconómica, mucho más urgentes; por ejemplo, aquellos ligados a la globalización y a la crisis del Estado de Bienestar (ver Barry, 2002: 3, 8, 63-64).²³ “La proliferación de intereses especiales fomentada por el multiculturalismo es (...) conducente a políticas de ‘divide y reinarás’ que sólo pueden beneficiar a aquéllos que se benefician más del *status quo*” (Barry, 2002: 11). A través de esta fragmentación de las energías progresistas, el énfasis en el conflicto cultural invisibiliza y debilita el conflicto de clases, pudiendo “(...) muy bien destruir las condiciones para edificar una coalición a favor de una política general de mayor equidad de oportunidades y recursos” (Barry, 2002: 325). Este argumento, como ya se ha visto, toma la forma de una “tesis de la perversidad” cuando se refiere al impacto de las políticas multiculturales sobre los migrantes; y de una “tesis del riesgo” cuando habla de su impacto en el Estado de bienestar como tal.

- Modernidad

Aunque Barry también se refiere a la tendencia cuestionadora de la Ilustración que empapa al multiculturalismo, es Rodríguez quien explicita que ésta podría ser hoy objeto de amenaza. Detrás del revisionismo histórico que llevan a cabo, entre otros, los conversos españoles, subyace una crítica corrosiva de la Modernidad y de sus logros, a partir de la exaltación del mestizaje. “¿Qué siniestros compañeros de viaje tiene toda esta teoría revisionista de la historia?, ¿a qué se está otorgando coartada con ella? Bajo el rótulo inocente del encuentro de culturas se desliza un mensaje de menosprecio y sustitución, que, aún si lo tomamos como propuesta visionaria e imposible no deja de pretender minar las bases en las que

España y Europa asientan su autoimagen y sus logros de modernidad, logros todo lo controvertido que se quieran, pero que en cualquier caso deseamos revisar desde sus mismos presupuestos, y no en una permanente comparación autoinculpadora frente a la idealización de un Islam que no ha existido nunca y que, desde luego, no es el que ahora conocemos” (Rodríguez, 2006: 71).

- Civilización occidental

Son los tres autores más preocupados por el asunto islámico (Rodríguez, Sartori y Fallaci) quienes ponen el acento en la civilización occidental como aquello que podría ser destruido, e invocan la terminología *huntingtoniana* del choque de civilizaciones²⁴ (Huntington, 1992). “No creo que sean necesarios más datos para refutar la mitificación falsaria e interesada de un al-Andalus que no puede usarse como coartada para el ataque sistemático y desprestigio de la cultura occidental, con la irresponsable complicidad de multiculturalistas bienintencionados, literatos sin la suficiente formación histórica y políticos faltos de imaginación, que construyen su parque temático ideológico lleno de palabras huecas (tolerancia, encuentro de culturas, mestizaje...), inconscientes de a qué peligrosos compañeros de viaje están otorgando legitimidad. Ya basta de encubrir bajo demagógicos reclamos de tolerancia un subrepticio y radical choque de civilizaciones” (Rodríguez, 2003: 82). “Desde cualquier punto de vista resulta que el multiculturalismo se plantea como una ruptura histórica con consecuencias mucho más graves de lo que los aprendices de brujos que lo promueven parecen percibir (...) El multiculturalismo lleva a Bosnia, a la balcanización; es el interculturalismo el que lleva a Europa. Así pues, mucho cuidado. El proyecto multicultural es en verdad rompedor, dado que invierte la dirección de marcha pluralista que sustancia a la civilización liberal” (Sartori, 2003: 127-129).

Fallaci, está claro, es la Cassandra más implacable en su predicción de catástrofe –siendo éste y no otro el objetivo de su sermón. A dicha debacle ella se refiere como “una amenaza a la que temo más que a la peste bubónica, más que a la lepra, más que al gas sarín e incluso que a las armas nucleares. Una amenaza que pende sobre Europa más que sobre Estados Unidos. De hecho hablo de la que se cierne sobre nuestros monumentos, nuestras obras maestras de arte, nuestros tesoros históricos. La esencia misma de la cultura occidental” (Fallaci, 2002: 38). “Estoy diciendo que en nuestra cultura no hay espacio para las mezquitas, para los minaretes, para los falsos abstemios, para el humillante chador, para la degradante burkah. Y si existiese ese espacio, yo no se los daría. Porque sería como borrar nuestra identidad, como anular nuestros logros. Como escupir en la libertad

que hemos ganado, en la civilización que hemos instalado, en el bienestar que hemos desarrollado. Sería como vender mi país, mi patria. Y mi país, mi patria, no están en venta” (Fallaci 2002: 148-149). En síntesis, ella es mucho más explícita que Rodríguez al denunciar que “una Cruzada Inversa está en marcha (...) Una guerra que quizás (¿quizás?) no apunta a la conquista de nuestro territorio, pero que ciertamente apunta a la conquista de nuestra alma y a la desaparición de nuestra libertad. Una guerra que busca a la destrucción de nuestra civilización, de nuestra forma de vivir y morir, de rezar o no rezar, de comer y beber y estudiar y disfrutar la Vida. Nublados como estáis por la propaganda de la falsedad, no entra o no queréis que entre en vuestra cabeza que si no nos defendemos, si no luchamos, la Jihad vencerá. Vencerá, sí, y destruirá el mundo que de alguna manera u otra hemos logrado construir. Cambiar, mejorar, hacer más inteligente, menos intolerante o más bien tolerante. Cancelará nuestra cultura, nuestro arte, nuestra ciencia, nuestra identidad, nuestra moral, nuestros valores, nuestros placeres...” (Fallaci, 2002: 83-84).

¿Cómo, exactamente, llegará el advenimiento del fin?

Hirschman ya advertía que los usuarios de la tesis del riesgo no son demasiado puntillosos en la explicación de la causalidad de su argumento, es decir, en la exposición de los mecanismos por los cuales la introducción de una reforma “B” pondrá en trance de muerte a la reforma previa “A”. “Es como si pudiéramos prescindir de la demostración de cualquier nexo causal más persuasivo una vez que podemos señalar una secuencia de emergencia-y-caída tan bien sincronizada: habrá un salto colectivo a la conclusión de que los dos están íntimamente relacionados” (Hirschman, 1991: 141).

Los autores aquí revisados no son la excepción. Incluso, Sartori se refiere a la falta de fundamentación empírica de algunos de sus propios argumentos en la línea del riesgo. Sin embargo, rápidamente descarta que ésta sea una objeción de relevancia. Por ejemplo, propone su hipótesis de que, en comparación con otros inmigrantes, el trauma del trasplante es más fuerte para el musulmán, quien suele tener un nivel cultural más bajo por lo que su fe y su identidad religiosa son sus únicas defensas culturales (Sartori, 2003: 155); de lo cual desprende que “le falta la actitud y probablemente también el deseo de integrarse” (Sartori, 2003: 157-158).²⁵ A continuación admite: *es cierto que la verificación empírica de mi tesis es todavía insuficiente;*²⁶ “pero cuando sea suficiente, ¿no será demasiado tarde? (...) Pensar sin datos es, empíricamente, pensar en el vacío. Pero suspender el pensar porque los datos no bastan es un error. Y lo es porque las previsiones no se basan en la evidencia empírica sino en el análisis causal: dadas las causas c1, c2, c3, es probable que de ellas resulten los efectos x, y, z”

(Sartori, 2003: 162). No da, sin embargo, razones de por qué esta eventualidad es, precisamente, probable. Yo no creo en la inexorabilidad de los acontecimientos, rematará; pero “la temo para exorcizarla” (Sartori, 2003: 163).

A pesar de esto, hay algunos efectos específicos que Rodríguez, Sartori, Azurmendi y Barry asocian al multiculturalismo (a saber, el tribalismo, el debilitamiento de las identidades nacionales, y el auge de la extrema derecha), que, desde un punto de observación externo, podríamos considerar los mecanismos que pavimentan el camino de “A” a “B”. Fallaci, en tanto, prácticamente no acompaña su tesis del riesgo de análisis causales.

- Tribalización, separatismo

Todos los otros autores mencionados prevén con temor que las políticas multiculturales acabarán por transformar las sociedades donde se apliquen en una sumatoria de compartimientos estancos, virtualmente incomunicados entre sí. Como ya se vio en el punto 3.1, esta misma cuestión es puesta en relieve al momento de denunciar la *perversidad* de dichas políticas (ya que acabarían reforzando la exclusión de los inmigrantes). Al traerla a colación en el marco de la *tesis del riesgo*, de lo que se trata es de evidenciar sus consecuencias perjudiciales para el conjunto de la sociedad receptora. En palabras de Sartori, “Dejemos de lado si, y de qué manera, este encierro favorece a los encerrados. El problema es que de esta forma se arruina la comunidad pluralista” (Sartori, 2003: 89). Azurmendi y Rodríguez ligan esta tendencia a la forma esencialista en que, desde el multiculturalismo, se entienden la identidad y la cultura. “La identidad étnica tiende, evidentemente, al monoculturalismo separador y diferencialista, porque supone que cada cultura es absolutamente diversa e impermeable a la otra. Por eso se vuelve multiculturalista, porque aborrece la asimilación, el intercambio, la hibridación y el mestizaje como única realidad cultural” (Azurmendi, 2003: 33). “Ni nuestra sociedad ni ninguna otra pueden subsistir cohabitando en su seno una pluralidad de culturas con poco o nada que ver entre sí. Y éste es el gran reto que no supera el relativismo multiculturalista, que, en definitiva, pregona la imposibilidad de que interrelacionen entre sí agregados sociales de diferentes culturas o, dicho de otra manera, pregona la no cohabitabilidad de las culturas, apostando por monoculturas yuxtapuestas y aparte unas de otras” (Azurmendi, 2003: 30). “Una situación en la cual los grupos viven en universos paralelos no está bien calculada para fomentar el entendimiento mutuo o estimular el cultivo de hábitos de cooperación y sentimientos de confianza” (Barry, 2003: 88).

Aquí, el modelo norteamericano del *melting pot* es empleado como contraejemplo, respecto de modelos de política como el británico o el de los

países nórdicos, que ya habrían comenzado a mostrar sus consecuencias deletéreas en términos de cohesión social.²⁷ Sobre el modelo británico, Azurmendi advierte que “(...) las comunidades tenderán ‘naturalmente’ a territorializarse en barrios y zonas (...) La *salad bowl* o ensaladera étnica se ha convertido en una peculiar metáfora de cierta política multiculturalista, pues se basa en la yuxtaposición de ingredientes de ensalada independientes unos de otros, cada cual con su sabor específico, es decir, en una agregación de grupos con intereses exclusivamente centrados en sí mismos, carentes de cualquier forma de solidaridad más allá del propio grupo (Azurmendi, 2003: 111). En cambio, en el contexto de la experiencia de crisol norteamericana (hoy denunciada por los multiculturalistas como homogeneizante –ver p. 73 y ss.), “poquísimos eran los inmigrantes que se aferraron a preservar sus enclaves culturales, pareciendo incluso que tuviesen prisa por americanizarse y dejar de lado sus tradiciones” (Azurmendi, 2003: 77).

Azurmendi, por otra parte, destaca que el multiculturalismo, a fin de cuentas, se sostiene sobre premisas similares a aquéllas sobre las cuales se fundamentó el *apartheid* sudafricano; entre ellas, las supuestas bondades de un desarrollo cultural separado.²⁸ “Porque lo esencial del multiculturalismo consiste justamente en eso, en valorar el desarrollo cultural propio a fin de concebirlo separable como forma de excelencia. A. Brink, uno de los más brillantes escritores surafricanos y, sin duda, de los más combativos contra el *apartheid*, sostenía en 1970 que: ‘Culturalmente, la premisa del *apartheid* fue que el desarrollo separado ofrecería iguales servicios para todos los grupos. Con la conservación de su *propia identidad*, todos los grupos desarrollarían plenamente su potencial cultural y, según un viejo dicho, serían leales a su propio yo’” (Azurmendi, 2003: 101).

Para prácticamente todos estos críticos, tal separatismo social posee un importante potencial de conflicto. “(...) No porque la predicación multicultural sea necesariamente conflictiva –lo es en sus *agit-prop*– sino porque Taylor y sus compañeros proyectan un mundo en el que la concordia no tiene cabida” (Sartori, 2003: 128). “En cuanto una comunidad tercermundista alcanza su masa crítica, la perspectiva es que comience a reivindicar –multiculturalismo *iuvante*, con su ayuda– los derechos de su propia identidad cultural-religiosa y que acabe por pasar *al asalto*²⁹ de sus presuntos opresores (los nativos)” (Sartori, 2003: 117). Es así que Barry, aplicando la metáfora de Marx, abre su libro de esta guisa: “El espectro que ahora recorre Europa es uno de nacionalismo estridente, auto-afirmación étnica y exaltación de lo que divide a los pueblos a expensas de lo que los une” (Barry, 2003: 3).

- Debilitamiento de las identidades nacionales

Sartori y Azurmendi denuncian que el multiculturalismo conduce al debilitamiento de las identidades nacionales, en aquellos países donde se aplica como política. Siguiendo la ruta de autores nacionalistas contemporáneos como Tamir (2001), Moore (2001) y Miller (1995), que realzan el valor instrumental de las identidades nacionales, vemos que este debilitamiento identitario puede constituir un mecanismo importante a través del cual el multiculturalismo pondrá en jaque bienes como la democracia deliberativa y la justicia distributiva –el Estado de Bienestar.

Retomando el modelo del *melting pot* estadounidense, Sartori va a destacar que éste, a pesar de sus virtudes, no sirve como referencia para los problemas actuales de la Europa Occidental. Mientras los Estados Unidos en el S. XIX se encontraban en período de conformación de su identidad nacional, en Europa hoy existen naciones ya plenamente constituidas, que se están encontrando con *contranacionalidades*, con inmigraciones cada vez más masivas que niegan su identidad nacional, en lugar de querer asimilarse. Así, “en Europa, si la identidad de los huéspedes permanece intacta, entonces la identidad a salvar será, o llegará a ser, la de los anfitriones” (Sartori, 2003: 130).

Azurmendi señala que esto ya está ocurriendo en países donde se han aplicado políticas multiculturales en forma activa. “Subyace, por tanto, el riesgo de debilitar en exceso la identidad nacional del país receptor; y una sociedad que no se reconoce a sí misma no tiene nada que ofrecer a los recién llegados. Scheffer y Bissoondath coinciden en esto: se está fracasando, en Holanda y en Canadá, al no decir a los inmigrantes qué y quiénes somos nosotros (Azurmendi, 2003: 130).

- Racismo, auge de la extrema derecha

Los mismos Sartori y Azurmendi se refieren también al *backlash* o movimiento de reacción que están generando las políticas de la diferencia en varios países, manifestado en el surgimiento de discursos políticos xenófobos, en algunos casos de fuerte arrastre popular.³⁰ Pensando en el caso canadiense Azurmendi afirma que, “según Bissoondath, se ha ido abandonando cierto *ethos* canadiense fundado históricamente, lo cual produce movimientos nostálgicos de la tradición y del viejo país de siempre. Y crece y crece la derecha nacionalista de Preston Manning, el líder del Partido Reformista cuyos votantes piden la vuelta al pasado aunque escuchan de su líder, por primera vez en Canadá, que hay que tratar a los amerindios autóctonos como auténticas etnias a expensas de exigir una reducción drástica de la inmigración” (Azurmendi, 2003: 128-129).

Sartori parece llevar el argumento demasiado lejos cuando acusa al multiculturalismo y a los mismos inmigrantes de promover el racismo. Hablando de los grandes volúmenes migratorios contemporáneos, dice que quizás –sólo *quizás*- la resistencia a los mismos sea racismo, “(...) pero entonces la culpa de este racismo es del que lo ha creado” (Sartori, 2003: 121). Por ejemplo, si en Italia, país tradicionalmente poco racista, volviera a nacer el racismo, “(...) no sería porque los italianos sean racistas, sino porque un racismo ajeno genera siempre, y llegado un momento, reacciones de contraracismo. Tengamos cuidado: el verdadero racismo es el de quien provoca el racismo” (Sartori, 2003: 122). Como ya se señaló, para Azurmendi el multiculturalismo y el racismo comparten la distinción radical entre el ‘ellos’ y el ‘nosotros’, con lo que la *guetización* como política se alimenta tanto de la ideología multiculturalista (“los inmigrantes tienen un bagaje cultural propio, intransferible y respetable en cualquier circunstancia”) como de la xenofobia (“que se queden en su casa”) (Azurmendi, 2003: 102-103). Es probable que Sartori se refiriese a esto mismo al señalar que la inmigración genera racismo, aunque en su caso el razonamiento no queda tan claro.

Siguiendo la línea ya señalada, Azurmendi cuestiona la noción francesa del “nuevo racismo”. No es racismo estar a favor de la integración (entendida como homogenización/asimilación). “Además, el “nuevo racismo” es socialmente peligroso porque actúa a manera de profecía autocumplida pues termina volviendo racista a la ciudadanía, siempre culpabilizada por actitudes implícitas y propósitos soterrados de racismo. Es una teoría fácil, cómoda y autocomplaciente, que posibilita culpabilizar a los demás de aquello de lo que uno se excluye, al estar él mismo denunciándolo” (Azurmendi, 2003: 105). Es decir, que a fin de cuentas la acusación de racismo acaba generando racistas.

Un Jinete del Apocalipsis con Buen Rollo

Hirschman comenta casi al final de su libro que uno de los puntos comunes a toda la retórica reaccionaria en sus diversas formas es el adoptar siempre una actitud de ironía, escéptica y burlona, ante los esfuerzos progresistas, que consideran infundadamente optimistas e irremediabilmente ingenuos y bienintencionados (ver Hirschman, 1991: 183-184). Los teóricos y políticos multiculturalistas son condenados en forma unánime por los autores reaccionarios aquí revisados, en tanto aquéllos que liberan las pestes sobre Occidente, con una estupidez sólo equiparada por su ingenuidad. En efecto, no se les acusa de una maldad consciente, sino precisamente de ser niños jugando con fuego, o bien instrumentos en manos de algún “enemigo”

interno o externo. De esta forma, les catapultan retóricamente al cielo de los progresistas angélicos que han venido antes y vendrán después.

Barry es el que emplea un estilo más moderado, acorde con el tono general de su obra. “Se dijo de los Borbones cuando fueron restaurados en el trono de Francia en 1815 que no habían aprendido nada ni habían olvidado nada. Lo mismo puede decirse de aquéllos que persiguen políticas de nacionalismo y particularismo etnocultural, así como de aquéllos que les brindan apoyo intelectual” (Barry, 2001: 4).

Los demás autores revisados arremeten con un lenguaje más directo. Así, por ejemplo, Rodríguez dice que el mundo islámico cuenta en su misión “con la irresponsable complicidad de multiculturalistas bienintencionados, literatos sin la suficiente formación histórica y políticos faltos de imaginación, que construyen su parque temático ideológico lleno de palabras huecas (tolerancia, encuentro de culturas, mestizaje...), inconscientes de a qué peligrosos compañeros de viaje están otorgando legitimidad (Rodríguez, 2006: 82). “Ciertamente, determinada izquierda no sólo ha perdido la cabeza, sino mucho peor: en aras de la bondad, la solidaridad y el amor universal, hay una izquierda que traiciona los principios básicos de la libertad. Pretendiendo ser los transmisores de ideas de futuro, acaban siendo el caballo de Troya de las ideas que pretenden destruirnos” (Rahola en Rodríguez, 2006: 155). Por último, al criticar la Alianza de Civilizaciones, la acusa de relativizar los valores occidentales y hacernos más vulnerables. “Si de lo que se trata es de seguir manteniendo los acuerdos comerciales con los países árabes e implementarlas con pactos policiales ¿por qué no permanecer en un cinismo pragmático? Para ello no hacen falta las grandes palabras de un buenismo, en el fondo hipócrita, y que cultural y éticamente sólo nos debilita” (Rodríguez, 2006: 156).

Fallaci, ya se sabe, no escatima epítetos. “Esos insectos disfrazados de ideólogos, periodistas, escritores, actores, comentaristas, psicoanalistas, sacerdotes, grillos cantores, *putains a la page*³¹ (esto es, putas bruñidas), sólo para decir lo que se les pide decir. Lo que les ayuda a entrar o a mantenerse en el jet set pseudo-intelectual y explotar sus ventajas, sus privilegios. Esos parásitos que han reemplazado los evangelios por la ideología marxista y la moda pasajera de lo “Políticamente Correcto”... La moda o más bien la broma pesada que en nombre de la “Hermandad” (sic) predica el pacifismo a cualquier costo y que repudia incluso la guerra que libramos ayer con el fascismo nazi. La moda o más bien la burla fraudulenta que en el nombre del Humanitarismo (sic) reverencia a los invasores y calumnia a los defensores, absuelve a los delincuentes y condena a las víctimas, llora por los talibanes y maldice a los americanos, perdona a los palestinos todos los males causados, pero nada a los israelíes” (Fallaci, 2002: 177-178). La Unión Europea no escapa al ataque: para Fallaci, ésta es un

club financiero, un club que “acoge a más de quince millones de hijos de Alá y a Dios sabe cuántos de sus terroristas o candidatos a terroristas o futuros terroristas. Un club que fornicaba con los países árabes y llena sus bolsillos con sus sucios petrodólares” (Fallaci, 2002: 182-183). La Unión Europea no es Europa: es el suicidio de Europa (Fallaci, 2002: 185).

Azurmendi, por su parte, denuncia que quienes adoptan una postura crítica del multiculturalismo imperante en el ambiente intelectual (como Sartori, Rosa Montero o él mismo) son tachados de racistas y *fachas*, “(...) que es la más socorrida argucia de quienes se han instalado en la comodidad moral ya sea del trabajo activista o bien del despacho universitario o las columnas de periódico” (Azurmendi, 2003: 61). Sus dardos apuntan con particular fiereza a sus colegas antropólogos, especialmente a los españoles, que han asumido la bandera multiculturalista.³² “Son los antropólogos del determinismo cultural y del diferencialismo o absolutización de la diferencia menor; antropólogos que adoptan la cultura como nueva naturaleza y que, por odio a la extensión global de los valores democráticos, han convertido al extranjero en nueva clase revolucionaria que acabará con el autóctono y sus valores, en definitiva nada más que racistas. Xenofilia de salón pero fobia a la democracia, además de etnicidad y multiculturalismo, he ahí su apuesta” (Azurmendi, 2002: 122).

Sartori, por su parte, termina su libro remitiendo a la sabiduría popular, lamentablemente hoy en retirada: “De buenas intenciones está empedrado el infierno”; “el médico compasivo hace la llaga gangrenosa”. Ambos refranes se han olvidado hoy, pero nos convendría recordarlos. “En resumen, la conclusión es que en un mundo malo los “buenistas”, los que creen que todos son buenos, no pueden hacer daño, y que incluso suelen hacer bien; pero en un mundo “buenizado” se convierten en un flagelo (...) El problema es que hemos llegado a ser demasiado normativos e incluso demasiado emotivos. Demasiado normativos no sólo en el sentido de que el “deber ser” suplanta demasiado al ser, al mundo como es; sino también en el sentido de que perseguimos objetivos sin instrumentos, sin saber “cómo”. Y demasiado emotivos en el sentido de que el sentir trastorna la *ratio*. ¿Acabará todo en explosión o implosión? Sin *ratio* probablemente sí (Sartori, 2003: 205).

Evaluación del discurso argumentativo: algunos comentarios

Si bien no es el eje del análisis que aquí se ha propuesto, resulta de interés complementar las categorías de Hirschman con una breve evaluación del discurso argumentativo de los autores críticos del multiculturalismo. Hasta aquí se han resaltado las fórmulas de retórica empleadas, es decir, el foco ha estado ante todo en la función persuasiva del discurso. Sin embargo, es posible (y deseable) hacer alguna referencia a su dimensión argumentativa;

vale decir, cambiar el foco hacia las formas en que la argumentación desarrollada contribuye –o no– a la resolución de una diferencia de opinión entre dos oponentes racionales y críticos. Para ello, se emplearán perspectivas tomadas de la teoría de la argumentación pragma-dialéctica (van Eemeren y Grootendorst, 1992; van Eemeren, Grootendorst y Snoeck Henkemans, 2006). Concretamente, se hará una enumeración no exhaustiva de las falacias que se ha podido detectar durante la realización del análisis.

Siguiendo a van Eemeren y Grootendorst (1992), se considerarán falacias aquellas violaciones de las reglas de una discusión crítica que falsean o impiden la resolución de una diferencia de opinión. Los textos revisados contienen varias falacias comunes, que se repiten en todos ellos. Barry y Fallaci, una vez más, son casos extremos: mientras el primero cae en falacias semejantes a los demás autores, pero con menor frecuencia y gravedad, Fallaci tiende a defender sus puntos de vista por vías distintas de la argumentación propiamente tal, apelando más bien a las emociones de la audiencia (*falacia patética*) que a la razonabilidad.

Las principales falacias identificadas son:

- **Inversión de la carga de la prueba:** Los autores pretenden que sólo están planteando dudas, una actitud de razonable escepticismo, frente a un punto de vista (el sostenido por el multiculturalismo), cuando en realidad están planteando, a su vez, un punto de vista propio sobre la cuestión de la diversidad cultural. En términos de la teoría pragma-dialéctica de la argumentación, crean la impresión de que la diferencia de opinión es única no mixta, cuando en realidad es mixta: ambas partes sostienen puntos de vista. El objetivo de esta maniobra es liberarse de la carga de la prueba: no tienen que demostrar sus afirmaciones, basta con introducir la duda sobre la agenda multicultural. Con este mismo fin, puntos de vista que son polémicos y debieran ser materia de discusión, son presentados como verdades evidentes, por todos conocidas. “*Se sabe que*, según el relativista, cuanto más diferentes seamos los colectivos y cuanta menos capilaridad exista entre las culturas tanto mejor (...)” (Azurmendi, 2003: 123). “La nueva inmigración de América Latina en Estados Unidos, y de África y la cuenca mediterránea en Europa, proviene en cambio, en gran medida, de culturas indolentes o cuando menos de “trabajo lento”, y que no son (salvo excepciones individuales) *achievement oriented*” (Sartori, 2003: 176).³³
- **Aplicación incorrecta del esquema argumentativo:** Tanto la tesis del riesgo como la tesis de la perversidad (que, como se ha visto, son las fórmulas retóricas más socorridas por esta línea crítica) se basan en un esquema argumentativo de tipo causal. Es decir, se plantea la

existencia de una relación causa-efecto entre las políticas multiculturales y ciertos fenómenos socio-políticos, como justificación para sostener un punto de vista crítico respecto de las primeras. Concretamente, se trata de una argumentación causal de tipo pragmático, pues desaconseja adoptar un cierto curso de acción, a partir de sus consecuencias negativas. Sin embargo, este esquema argumentativo (en principio perfectamente legítimo) es aplicado de forma incorrecta, pues como hemos visto no se suelen aportar suficientes pruebas del mecanismo causal subyacente. Se cae, así, en dos falacias propias del esquema argumentativo causal:

- **Falacia de post hoc ergo propter hoc:** La relación de causalidad se desprende, erróneamente, del hecho de que una cosa haya antecedido a la otra en el tiempo. Un ejemplo de esta falacia es la afirmación de Sartori y de Azurmendi de que son las políticas multiculturales las responsables de suscitar en la sociedad reacciones de rechazo hacia los inmigrantes, llegando a sostener, como se ha puntualizado anteriormente, que "(...) el verdadero racismo es el de quien provoca el racismo" (Sartori, 2003: 122).

- **Falacia de la pendiente resbaladiza:** Es un error frecuente en las argumentaciones pragmáticas, como las que aquí se despliegan. Se sugiere que al adoptar una cierta acción necesariamente se irá de mal en peor, sin aportar suficiente evidencia de que esto vaya a ocurrir.

- **Falacia del espantapájaros:** Se distorsiona el punto de vista del oponente, hasta conseguir presentarlo como insostenible o, cuando menos, difícil de defender. Para ello es común sacar el punto de vista de contexto, simplificándolo o exagerándolo en extremo. Así, cuando los críticos revisados (con la posible excepción de Barry) se refieren a las políticas multiculturales, lo hacen de forma caricaturesca, radicalizando sus propuestas, o tomando algunos de los focos específicos de conflicto extremo entre derechos humanos y derechos colectivos, y generalizando a partir de ellos. También recurren a presentar enfáticamente un supuesto punto de vista *opuesto* al multicultural (por ejemplo, declarándose defensores de la democracia, los derechos individuales, los logros de la Modernidad), con lo cual implícitamente denuncian al multiculturalismo como enemigo de estos logros, dando por descontada la dicotomía y liberándose de justificarla razonadamente.
- **Restringir la libertad de acción de la otra parte:** Se emplean diversos métodos para desacreditar a la otra parte de la discusión como un actor serio del debate. Como se ha mostrado ya, "los multiculturalistas" (pocas veces individualizados, y abarcando de forma genérica tanto a políticos como a académicos) son un foco de

ataque en sí mismo para los críticos del multiculturalismo. Para ello se usan varias fórmulas de *argumentum ad hominem*; vale decir, se ataca a la persona, en lugar de las ideas del oponente:

- **Variante abusiva:** Se sugiere que el oponente es malo, estúpido, poco confiable, por lo que su punto de vista puede ser desechado sin más. Los multiculturalistas son acusados no tanto de ser malos sino de ser ingenuos, “bobos” (Sartori, 2003: 112), “buenistas” (Sartori, 2003: 205), irresponsables, “tontos útiles” (Rodríguez, 2006: 161), seguidores de lo políticamente correcto, “protectores de nuestros enemigos” (Fallaci, 2006: 38), “parásitos” (Fallaci, 2006: 178); en fin, que se dejan guiar por las buenas intenciones más que por la razón.
- **Variante circunstancial:** Se lanza una sombra de sospecha sobre las motivaciones de la otra parte. Ya se ha visto que el conjunto de los autores considerados señala que los multiculturalistas son izquierdistas que, consciente o inconscientemente, han reemplazado al proletariado por las minorías culturales, en un intento de reinventarse tras el fin de la Guerra Fría. Este motivo personal debiera llevar a poner en cuestión la imparcialidad y razonabilidad de los argumentos multiculturales.
- **Negación de una premisa implícita:** Por último, cuando se sabe que un supuesto es impopular o conflictivo, y que por lo tanto podría ser difícil de defender públicamente, es común intentar omitirlo en el discurso. En el caso de los autores seleccionados, hay una premisa que todos ellos comparten: que es necesario frenar los flujos de inmigrantes hacia los países occidentales. Sin embargo, ésta no es planteada abiertamente;³⁴ en cambio, se esconde detrás de argumentos relacionados con la integración y la convivencia en las sociedades democráticas³⁵. La poco presentable premisa queda implícita, pero en una evaluación de los argumentos es posible identificarla y reconstruirla.

Conclusiones

El análisis realizado ha dejado en evidencia las fórmulas retóricas que emplea el discurso reaccionario en algunos de sus exponentes contemporáneos, específicamente en aquéllos que procuran levantar una resistencia en contra de la introducción (o mantención) de políticas multiculturales hacia la inmigración. Como se ha visto, son la tesis de la perversidad y, muy especialmente, la tesis del riesgo, las empleadas con más frecuencia y fervor. Casi todos (Azurmendi, Sartori, Rodríguez y Barry) esgrimen la primera, y todos sin excepción usan la segunda. De hecho,

Oriana Fallaci, la autora más radical de las revisadas, sólo usa la tesis del riesgo.

Algunas interpretaciones se pueden aventurar a propósito de la escasa popularidad de la tesis de la futilidad. En primer lugar, es posible que ésta se deba a que, como señaló Hirschman, este argumento “en lugar de ser cálido es frío y su complicación es refinada más que elemental” (Hirschman, 1991: 55), lo que lo vuelve menos atractivo cuando se trata de apelar a un público amplio en lugar de a uno especializado, y cuando las amenazas que se avizoran son percibidas como inminentes

Por otra parte, ciertamente es difícil en términos lógicos argüir que cierto movimiento de cambio social será netamente contraproducente (tesis de la perversidad), o que tendrá consecuencias catastróficas para la sociedad en cuestión (tesis del riesgo), y sostener al mismo tiempo que no tendrá ningún efecto en absoluto (tesis de la futilidad) (ver Hirschman, 1991: 57). Según Hirschman, esto explica que usualmente –aunque no siempre– sean distintos autores los que recurren a la tesis de la futilidad, y los que utilizan las otras dos. Es posible que otros autores del escenario contemporáneo de crítica al multiculturalismo, que no se haya incluido en la selección, sí estén enfatizando la futilidad de las políticas multiculturales; esto habría que comprobarlo mediante una investigación más extensa. Por ahora puede decirse que los que aquí se han considerado dan la suficiente importancia (importancia por perversidad y riesgo, pero importancia al fin) al multiculturalismo como para no estar interesados en demostrar su futilidad. De hecho, incluso Barry, cuyo argumento central es que la respuesta multicultural no es necesaria puesto que las instituciones liberales siguen bastando para lidiar con la heterogeneidad contemporánea, está demasiado preocupado por las implicancias negativas del multiculturalismo (sobre todo por las consecuencias para los mismos inmigrantes) como para pretender, al mismo tiempo, proclamar que éste no tiene ningún impacto en absoluto.

Una última posible interpretación es que, en términos temporales, la primera tesis que suele invocarse es la del riesgo; luego la de la perversidad; y sólo cuando existe cierta distancia respecto de los hechos (como para que se pueda afirmar que un gran movimiento no era más que mucho ruido y pocas nueces), la de la futilidad (ver Hirschman, 151-153). En este sentido, puede que todavía haya que esperar para ver la aparición de esta línea de razonamiento. Desde luego, dicha aparición implicaría al mismo tiempo la constatación de que las imágenes apocalípticas desplegadas por la tesis del riesgo eran, después de todo, erradas.

Volviendo al texto de Hirschman, puede sugerirse que la tendencia de los críticos contemporáneos del multiculturalismo es a superponer la tesis de la perversidad y la del riesgo, es decir, sugerir que “*un curso de acción adoptado expresamente para prevenir un suceso temido resulta que ayuda a*

provocarlo". Sería sin duda una delicia para los pensadores conservadores exponer esa clase de secuencia, que se las arregla para introducir la perversidad por encima del riesgo, ya que se muestra una acción que resulta en lo opuesto de lo que se proponía" (Hirschman, 1991: 143). Para argumentar esto hay que mostrar primero que el multiculturalismo surge para contrarrestar una amenaza (en este caso, para administrar la diversidad cultural creciente de nuestras sociedades y prevenir los problemas que ésta puede acarrear), y a continuación ilustrar cómo éste ha terminado instigando la proliferación de estos mismos problemas. Viendo los argumentos aquí expuestos, están las bases sentadas para poder construir esta clase de denuncia con la cual los reaccionarios una vez más podrían poner en evidencia "el grado asombroso, para ellos reconfortante, en que los hombres pueden caer en el error" (Hirschman, 1991: 143).

En el último capítulo de su libro, Sartori retoma la distinción entre la ética de la convicción³⁶ y la ética de la responsabilidad de Weber, y sus vínculos con las retóricas progresistas y reaccionarias. Lo que Sartori sostiene es que la respuesta multicultural, al dejarse llevar por los sentimientos, funciona desde una ética emotiva, "de conmoción", "fundada en sentimientos de compasión, de amor al prójimo, de caridad; pero que por eso mismo no es una ética "racional"" (Sartori, 2003: 198). Esta ética de las buenas intenciones, que él asocia con la ética de la convicción de Weber, tiene su espacio legítimo en la moralidad individual o en la predicación religiosa, pero es inaceptable o incluso inmoral cuando se la aplica en el espacio ético-político (Sartori, 2003: 199).

Cruzando esta distinción con el marco analítico de Hirschman, se observa que ella se encuentra en la base de prácticamente toda la retórica reaccionaria, independiente de cuál sea la acción de cambio que se quiere resistir en cada momento determinado. De una forma u otra, subyace también a cada una de las lógicas argumentales conservadoras que aquí hemos analizado. "A la luz de la ética de los principios el político que produce desastres se queda tan tranquilo. Su defensa es: mis principios y mis intenciones eran buenos, y yo respondo sólo de su pureza. ¿Demasiado cómodo? Sí. Pero es peor que eso. Es que la ética de las intenciones aquí demuestra ser una *ética de la irresponsabilidad*" (Sartori, 2003: 200). ¿Cómo se hace cargo el progresismo de esta acusación continua? ¿Hasta qué punto sus propias retóricas³⁷ dan pie para esta acusación, que no hace necesariamente justicia a los contenidos de sus propuestas? ¿Es la discusión de fondo, efectivamente, reducible a una dicotomía entre un acercamiento ético consecuencialista y uno deontológico? ¿Qué implicancias tiene este supuesto para la política contemporánea? Por cierto son preguntas que escapan al trabajo que aquí se ha desarrollado; sin embargo, es de interés dejarlas planteadas, con miras a poder continuar esta discusión.

Matriz – Síntesis de las Retóricas Reaccionarias de Cara al Multiculturalismo

	Tesis de la perversidad	Tesis de la futilidad	Tesis del riesgo
Argumentos centrales	Perjuicio a los inmigrantes: <ul style="list-style-type: none"> • absolutización de la cultura oculta otros problemas • encadenamiento del individuo a la comunidad • exclusión y <i>guetización</i> • rechazo y estigmatización • instrumentalización 	Irrelevancia para los inmigrantes <hr/> Acoger y ciudadanizar no sirve <hr/> Inviabilidad del igual valor de las culturas	Lo que está en riesgo: <ul style="list-style-type: none"> • constitucionalismo liberal/republicanismo • derechos y ciudadanía • democracia de estado derecho/estado unitario • estado de bienestar • modernidad • civilización occidental <hr/> Mecanismos: <ul style="list-style-type: none"> • tribalización • debilitamiento de las identidades nacionales • auge de la extrema derecha <hr/> Rol del multiculturalismo
Uso	Frecuente	Escaso	Fundamental
Autores	Azurmendi, Rodríguez, Barry	Sartori, Azurmendi, Rodríguez, Barry	Azurmendi, Rodríguez, Barry, Sartori, Fallaci

Bibliografía

- Azurmendi, M. (2003)** *Todos Somos Nosotros. Etnicidad y Multiculturalismo*. Madrid. Taurus
- Banting, K y W. Kymlicka [Eds.] (2006)** *Multiculturalism and the Welfare State. Recognition and Redistribution in Contemporary Democracies*. Oxford. Oxford University Press.
- Barry, B. (2002)** *Culture and Equality. An Egalitarian critique of Multiculturalism*. Cambridge. Harvard University Press.
- Fallaci, O. (2006)** *The rage and the Pride*. New York. Rizzoli International Publications.
- Gitlin, T. (1995)** *The Twilight of Common Dreams: Why America is wrecked by Culture Wars*. Nueva York. Metropolitan Books/Henry Holt.
- Hirschman, A.O (1991)** *Retóricas de la Intransigencia*. México. FCE.
- Huntington, S.P (1993)** The Clash of Civilizations? En *Foreign Affairs*, vol.72, n° 3, pp. 22-49
- Joppke, C. (2004)** The Retreat of Multiculturalism in the Liberal State: Theory and Policy en *The British Journal of Sociology*, vol. 55, n°2
- Kelly, P. [Ed.] (2002)** *Multiculturalism Reconsidered. Culture and Equality and its Critics*. Polity Press.
- Klausen, J. y A. Wolfe. (2000)** Other People en *Prospect Magazine*, n° 58, Diciembre.
- Kymlicka, W. (1995)** *Multicultural Citizenship. A Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford. Oxford University Press.
- Marshall, T.H. (1950)** *Citizenship and Social Class and Other Essays*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Miller, D. (1995)** *On Nationality*. Oxford. Oxford University Press.
- Moore, M. (2001)** Instrumental Arguments (or why States Need Nations) en *The Ethics of Nationalism*. Oxford.
- Pocock, J.G.A (1981)** The Reconstruction of Discourse towards the Historiography of Political Thought en *Modern Language Notes*, vol. 96, n° 5, pp. 959-980.
- Rodríguez, R.M. (2006)** *La España convertida al Islam*. Barcelona. Áltera.
- Rorty, R. (2000)** Is Cultural Recognition a useful Concept for Leftist Politics? En *Critical Horizons* 1:1, Febrero.
- Sartori, G. (2003)** *La sociedad Multiétnica. Pluralismo, Multiculturalismo, Extranjeros e Islámicos*. Madrid. Taurus.
- Tamir, Y. (2001)** *Liberal Nationalism*. Princeton. Princeton University Press.
- Taylor, C. (1994)** *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*. Princeton. Princeton University Press.

- Van Dijk, T. (2000)** Ideologies, Racism, Discourse: Debates on Immigration and Ethnic Issues. En J. ter Wal y M. Verkuyten (eds.) *Comparative Perspectives on Racism*. Aldershot. Ashgate. Pp. 91-116.
- Van Dijk, T. (1997)** 'There was a Problem and it was Solved'. Legitimizing the Expulsion of 'Illegal' Migrants in Spanish Parliamentary Discourse. En *Discourse & Society*, vol.8, nº4, pp. 523-566.
- Van Dijk, T. (1993)** *Elite Discourse and Racism*. Newbury Park. Sage.
- Van Dijk, T. (1992)** Discourse and the Denial of Racism. En *Discourse & Society* vol.3, nº1, pp. 87-118.
- Van Eemeren, F. y R. Grootendorst (1992)** *Argumentation, Communication, and Fallacies. A Pragma-Dialectical Perspective*. New Jersey. Lawrence Erlbaum Associates.
- Van Eemeren, F., R. Grootendorst y F. Snoeck Henkemans. (2006)** *Argumentación. Análisis, Evaluación, Presentación*. Buenos Aires. Ed. Biblos
- Van Leeuwen, T. y R. Wodak (1999)** Legitimizing Immigration Control: A Discourse-Historical Analysis. En *Discourse Studies*, nº1, pp. 83-118.
- Van Parijs, P. [Ed.] (2004)** *Cultural Diversity versus Economic Solidarity*. Brussels. Deboeck University Press.
- Wodak, R. y B. Matouscheck (1993)** 'We are Dealing with People Whose Origins One Can Clearly Tell Just by Looking': Critical Discourse Analysis and the Study of Neo-Racism in Contemporary Austria. En *Discourse & Society* vol.4, nº2, pp. 225-248.
- Zapata-Barrero, R. (2007)** Multiculturalidad en *Conceptos Políticos en el Contexto Español*. Madrid. Ed. Síntesis.
- Zapata-Barrero, R. (2008)** La Política del Discurso sobre la Inmigración en España en R. Zapata-Barrero, E. González y E. Sánchez Montijano *El Discurso Político en torno a la Inmigración en España y en la Unión Europea. Documentos del Observatorio Permanente sobre Inmigración*, nº 16, Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Zapata-Barrero, R. (2009)** *Fundamentos de los Discursos Políticos en torno a la Inmigración*. Madrid. Ed. Trotta.

Nota

¹ Eventualmente, esto podría estar indicando el advenimiento de una nueva era conservadora (ver Zapata-Barrero, 2007).

² Como señala Barry, por un tiempo los liberales no escribieron de estos asuntos, por considerar “que la literatura del multiculturalismo no era digna de que ellos perdieran pólvora ni balas en ella” (Barry, 2002: 6; esta traducción y las siguientes son nuestras). Sin embargo, la misma corriente que estimaban tendría corta vida útil por su debilidad intelectual ha persistido y cobrado fuerza discursiva, lo que ha llevado a varios de ellos a romper su mutismo.

³ La primera edición de la obra de Sartori es de 2001. Aquí se ha considerado la edición revisada de 2003, que contiene un apéndice sobre islamismo.

⁴ Desde una teoría pragma-dialéctica de la argumentación, las falacias violan las reglas de una discusión crítica, y por lo tanto falsean o impiden la resolución de la diferencia de opinión subyacente (van Eemeren y Grootendorst, 1992).

⁵ Bajo esta noción se engloba aquí el conjunto heterogéneo conformado por las políticas de reconocimiento, políticas de la diferencia y políticas de minorías, aunque tanto en términos teóricos como empíricos ellas presentan diferencias importantes que son materia de debate. La simplificación se justifica en este caso por fidelidad a la crítica que interesa examinar, ya que ella cuestiona la política multicultural en un sentido amplio, sin entrar –salvo excepciones– en tales distinciones.

⁶ Barry (2001) y Fallaci (2001) representan los puntos extremos en esta distinción. Mientras el primero se inserta en una teoría política normativa (combinando argumentos morales con otros de tipo instrumental o consecuencialista), la segunda transita entre el plano periodístico y el sermón, buscando explícitamente remecer las conciencias del público europeo en general respecto de la amenaza islámica, a partir del sentimiento de “rabia y orgullo” (título del libro) que han dejado en ella los ataques del 11-S.

⁷ Para algunas respuestas a este pensamiento que sí hacen un análisis crítico de sus contenidos, véanse las contribuciones de Parekh y Kukathas a “Multiculturalism Reconsidered” (Kelly, 2002); o el volumen editado por Banting y Kymlicka (2006).

⁸ El análisis del discurso racista hacia la inmigración ha sido extensamente estudiado por autores como Van Dijk (véanse, entre otros, 1992, 1993, 1997, 2000), Wodak y Matouscheck (1993) y Van Leeuwen y Wodak (1999).

⁹ “Rhetoric of Reaction” es el título original.

¹⁰ De hecho, los adalides de las visiones progresistas no pueden aquí tampoco exhibir inocencia. Hacia el final de su libro, Hirschman se detiene a puntualizar que cada uno de los argumentos expuestos tiene también su contra-argumento desde el otro lado. Así, si unos proclaman que la acción prevista traerá consecuencias desastrosas (tesis de la perversidad), los otros alertan que no llevar a cabo la acción prevista traerá consecuencias desastrosas (tesis del riesgo inminente). Si unos denuncian que la acción prevista intenta cambiar unas características estructurales (“leyes”) del orden social, por lo que está destinada a ser enteramente inefectiva (tesis de la futilidad), los otros sostienen que la acción prevista está respaldada por poderosas fuerzas históricas ya en marcha, por lo que oponerse a ellas sería del todo inútil (tesis de *tenemos la historia de nuestro* lado). Si unos apuntan que la nueva reforma pondrá en riesgo la anterior (tesis del riesgo), los otros afirman que la nueva y la vieja reformas por principio se reforzarán mutuamente (tesis de la ilusión sinergista).

¹¹ La categoría “error de diagnóstico” es tomada de Banting y Kymlicka (2006). En su trabajo sobre la tensión entre multiculturalismo y Estado de bienestar, ellos han ordenado en tres categorías los mecanismos que se mencionan en la literatura como medios por los

que las políticas multiculturales dañarían las políticas redistributivas. Estas categorías son: el “efecto de error de diagnóstico” (el multiculturalismo se equivoca al diagnosticar los problemas que aquejan a las minorías); el “efecto de exclusión” o *crowding-out* (el multiculturalismo desvía el tiempo, energía y dinero de las coaliciones progresistas, desde los problemas socio-económicos hacia los de reconocimiento) ; y el “efecto corrosivo” (el multiculturalismo erosiona la confianza y solidaridad entre ciudadanos, debilitando así el apoyo popular del Estado de bienestar) (ver Banting y Kymlicka, 2006: 10-14).

¹² *Pork barrel politics* en el original.

¹³ El caso emblemático de este razonamiento es la denuncia de Mosca y Pareto de las elecciones democráticas como simulacro sin sentido, a raíz del elitismo común a todas las sociedades humanas (ver Hirschman, 1991, capítulo 3).

¹⁴ Las razones de este supuesto no son evidentes ni están explicitadas en el texto.

¹⁵ Las cursivas son nuestras.

¹⁶ Las cursivas son nuestras.

¹⁷ Además, señala Barry, habría que preguntarse por las implicancias éticas de pretender regular estas conductas de los ciudadanos –es decir, incluso si esto fuera factible, ¿es algo normativamente deseable?

¹⁸ Las cursivas son nuestras.

¹⁹ Las cursivas son nuestras.

²⁰ Es de interés señalar que Sartori distingue entre tipos de inmigrantes según el origen de su alteridad: lingüística, de tradición, religiosa o étnica. La estrategia de integración para con cada uno de estos tipos debe ser distinta. Los que reúnen los últimos dos tipos (para él, básicamente los musulmanes) son los más difíciles de integrar; de aquí que les denomine como “inmigrantes inintegrables” (Sartori, 2003: 114). Ver su Apéndice “Extranjeros e Islámicos” en el que aborda *in extenso* esta cuestión.

²¹ Las cursivas son nuestras.

²² Recuérdese que la edición original de Sartori (2003) es del año 2001, y Azurmendi hace varias referencias a ella en su texto.

²³ Este argumento corresponde al “efecto de exclusión” (*crowding-out effect* en el original) de la clasificación de Banting y Kymlicka (2006). Ver nota al pie nº8.

²⁴ Para Zapata-Barrero (2009: 27), resulta sintomático del tiempo histórico actual que la categoría de “civilización” haya regresado al debate político, directamente desde los S. XVII y XVIII (Zapata-Barrero, 2007).

²⁵ Para mayor precisión: “Los hebreos, los indios, los asiáticos, pertenecen a culturas “sofisticadas”, o sea articuladas y flexibles, capaces de encontrar un equilibrio entre el preservarse en clausura y el abrirse en aceptación. El Islam, con el material tosco que exporta a Europa, no posee esa flexibilidad” (Sartori, 2003: 158).

²⁶ Las cursivas son nuestras.

²⁷ El modelo crisol (*melting-pot model*) y el modelo ensaladera (*salad-bowl model*) se emplean en la literatura para caracterizar los efectos sociales divergentes de distintas políticas de gestión de la diversidad. Mientras el primero corresponde a la sociedad que surge como resultado de una política asimilacionista, el segundo es el resultado de una política de integración (ver Zapata-Barrero, 2009: 31).

²⁸ El académico vasco denuncia haber recibido fuertes ataques políticos debido a esta afirmación, y a su impopular crítica al multiculturalismo.

²⁹ Las cursivas son nuestras.

³⁰ Es interesante precisar que, en opinión de Sartori, la xenofobia europea se concentra en los africanos y los árabes, sobre todo si son islámicos; de esto él desprende que no se basa

en una percepción de superioridad racial, sino en una reacción a una visión de mundo teocrática (Sartori, 2003: 53).

³¹ En francés en el original.

³² Aunque su trabajo se centra en la integración social de los inmigrantes, Azurmendi hace múltiples referencias al nacionalismo vasco, protestando especialmente por la defensa que ciertos sectores académicos hacen de la actividad de ETA y Batasuna.

³³ Afirmaciones de este tipo, frecuentes en los textos considerados, caen al mismo tiempo en la *falacia patética*, pues manipulan las emociones y predisposiciones de la audiencia, en lugar de realizar una argumentación válida.

³⁴ Con la excepción de Fallaci.

³⁵ Véase, por ejemplo, Azurmendi (2003: 11), quien declara que su libro se ocupa “del contexto en que se pueda llevar a cabo, antes y mejor, la integración social de los inmigrantes en nuestros sistemas democráticos”.

³⁶ En la versión traducida del libro de Sartori se habla de “ética de la intención”, pero se opta aquí por esta traducción más usual.

³⁷ Ver nota al pie nº7.

Nota Biográfica



Rocío Faúndez García es Licenciada en Trabajo Social y en Ciencias Políticas, Master en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos por la Universidad Jesuita Alberto Hurtado (Santiago, Chile), y en Ciencias Políticas y Sociales por la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona, España). Actualmente realiza sus estudios doctorales en esta última institución, investigando la dimensión política de la migración intrarregional en el Cono Sur de América Latina. Forma parte del Grupo de Investigación Interdisciplinario en Inmigración (GRITIM) de la UPF. Sus áreas de interés incluyen la sociología política y la teoría política, con énfasis en los cruces entre democracia, ciudadanía y cultura.